

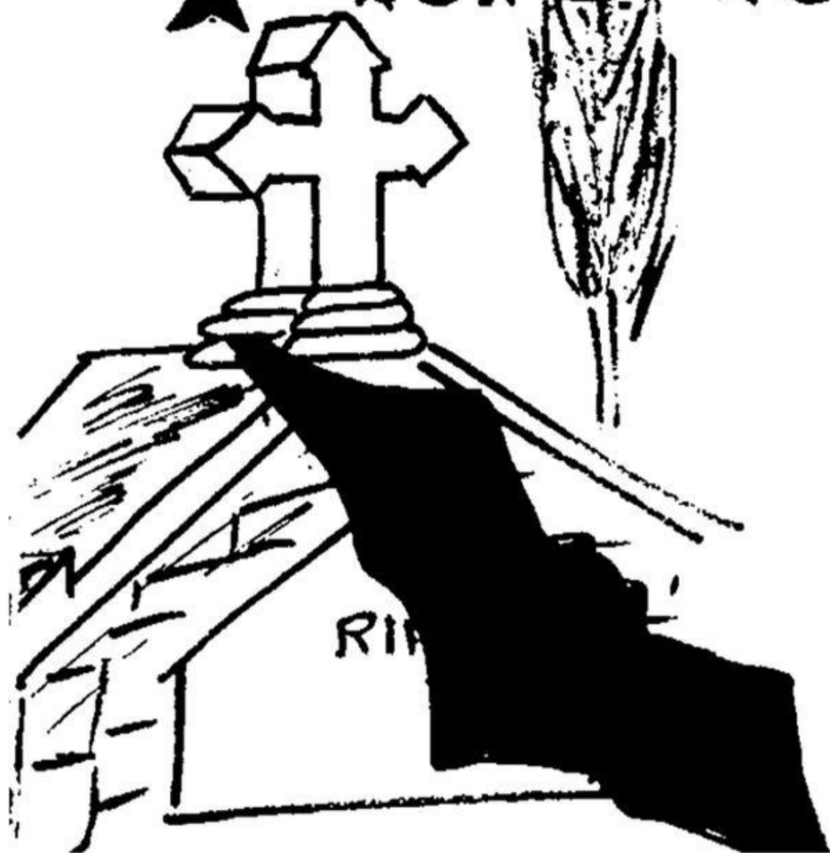
RALPH BARBY

10

LA JUGADA FINAL

TERROR

escalofríos de TERROR



RALPH BARBY

LA JUGADA FINAL

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 10

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 — Barcelona

ISBN 34-7750-039-8
Depósito legal: M— P.3B4 — 19GB
1ª edición: marzo 88
1# edición en América: septiembre 88

Fotomecánica LOSER S.A.
Imprime FUTURA GIESA
Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B, Calle B, nº 11
08004 Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Nueva Orleáns, 1919.

Martin miró sus cartas, no eran excelentes pero tampoco muy malas. Apuró su cigarrillo y arrojó la colilla al suelo. Su mano tembló ligeramente. Ya no le quedaba mucho dinero y aquella podía ser su última jugada dentro de la taberna grasienta y húmeda.

—¿Van o no van esos quince pavos? —preguntó uno de los tres adversarios que tenía en la partida de póquer.

Le quedaban diecisiete dólares. Si ganaba aquella partida, podría comenzar la recuperación.

Martin, como tantos otros, había regresado de la gran guerra con dos cicatrices, una de bala y otra de metralla. Según él, había peleado como un bravo soldado y a su regreso, después de pasar unos meses en el hospital, nadie le había recibido con pancartas y bandas de música y tampoco había trabajo para él. Había demasiados veteranos de guerra y con heridas.

—Vamos, si no entras, tira las cartas y a otra cosa —gruñó el tipo alto y muy fuerte que estaba en mangas de camisa sudando copiosamente delante de él, al otro lado de la mesa.

A Martin le hubiera gustado dar un puñetazo en pleno rostro a aquel sujeto del que ni siquiera sabía el nombre. Posiblemente, él recibiría varios golpes más, pero no le habría importado.

Contó sus quince dólares dando naturalidad a la apuesta y los dejó sobre los otros billetes y monedas centrados en la mesa. Sacó su último cigarrillo del paquete que, ya vacío, arrugó y tiró al suelo, un suelo sucio como todo lo que había en la vieja taberna.

Cuando se descubrieron los juegos, no ganó aquel tipo corpulento y excesivamente perfumado a sudor. Un hombre bajo, con cara de palo y ojos saltones, mostró un póquer de dieces. Martin sólo tenía dos parejas.

Al ver que Martin se levantaba, el tipo sudoroso le preguntó:

—¿No sigues?

—Voy a dar un paseo, o me saldrán almorranas como a ti.

—Eh, tú, ¿qué te has creído? —masculló, poniéndose en pie y mostrando en su mano una navaja que no le hacía falta para buscar pelea.

Otro individuo, no tan alto pero que conocía bien su trabajo, golpeó con una porra la mano armada del fullero. La navaja cayó al suelo y aquel hombre gruñó de dolor.

—No queremos broncas aquí.

—Gracias, pero no me hacía falta ayuda —dijo Martin.

Dos dólares le quedaban a Martin cuando fue a reunirse con Ronald, otro veterano de guerra con heridas y aficionado a la bebida.

—Hola, Martin. ¿Has visto *qué* chica? Mira que pechos tiene...

Los cogió con sus manos mientras ella reía agudamente.

—Un bourbon —pidió Martin al camarero que se le acercó por el otro lado del mostrador.

—¿Cómo te ha ido con el póquer?

—Oye, Ronald, ¿puedes prestarme unos dólares?

—¿Para qué, para que se los meta en el bolsillo otro más listo que tú? Olvida el póquer y tómate un trago. Ya te dije que no jugases tanto, que te ibas a quedar limpio.

—Me falta el golpe de suerte y lo malo es que me quedan sólo dos pavos. '

—Pues con dos pavos no hay suerte que te ayude —le replicó Ronald mientras hacía cosquillas a la furcia que tenía entre sus brazos.

—Somos socios, ¿no?

—¿Socios? Si sólo cobramos la paga del gobierno, veteranos con heridas de guerra, por eso nos entretenemos emborrachándonos o buscando la suerte en el póquer.

Martin tomó su vaso de mal bourbon y se lo bebió de un solo trago. Estaba disgustado consigo mismo y con el mundo que le

rodeaba. La guerra en Europa había sido un período de tiempo duro para todos.

—Mira, Ronald, aquel tipo del fondo tiene ganas de jugar y es un buen pichón.

—Olvídalo —le pidió Ronald—. Mañana nos iremos de aquí y encontraremos trabajo en alguna parte, ya lo verás.

—Sí, limpiando las cuadras o los coches de los demás. Anda, déjame veinte dólares.

—¿Te has vuelto loco?

—Cuando cobremos la paga, te los devuelvo.

—Ya me debes cincuenta...

—Te los pagaré todos con intereses.

—No digas tonterías.

—Déjame veinte pavos y dentro de un rato te los devuelvo. Mi olfato me dice que aquel tipo del fondo es un perdedor nato.

—¿Te refieres a aquél del traje tan roñoso?

—Sí.

—Si parece un cadáver... ¿Lo has mirado bien? Sólo le vas a ganar piojos, si es que no pierdes tú.

—Tipos que se visten con ropas como esas, a veces esconden mucho dinero debajo, lo huelo. Ha entrado hace un rato y no se atreve a jugar, hay que empujarle un poco.

—Chicos, por un par de pavos yo lo empujo hasta sentarlo a la mesa que me digáis — propuso la furcia.

—Me dejas esos veinte pavos o es la última vez que nos vemos.

Ronald resopló. Tenían la misma edad, pero Ronald parecía algo más viejo, también era más bajo de estatura.

—Está bien, te voy a prestar los veinte dólares, pero son los últimos. Esta noche nos emborrachamos y mañana buscamos trabajo. Si no somos exigentes, algo encontraremos.

Parecía que iba a resultar difícil hacer jugar a aquel individuo alto y esquelético, de traje sucio y arrugado.

La táctica era permanecer sentado a la mesa con su propia baraja de naipes. Martin esperaba que aquel tipo no supiera mucho de cartas y picara.

—¡Eh, Martin, nuestro amigo quiere jugar póquer contigo! —exclamó riendo la furcia de la taberna, una mujer atractiva pese a no estar lejos de la cuarentena.

Su melena oxigenada, llena de rizos, destacaba como un faro en la noche.

—Si quiere jugar, siéntese, siéntese. Ha tenido suerte, amigo, ya iba a marcharme. Esta es mi noche de mala suerte, he perdido demasiado dinero en otra mesa.

—Si... si me deja —dijo el extraño ser, titubeando.

A Martin no le gustó aquel individuo. Olía terriblemente mal, incluso a distancia. Era un hedor húmedo que repelía.

La rubia oxigenada regresó junto a Ronald que seguía junto al largo mostrador de madera impregnado de alcohol.

—Los dos dólares —pidió ella.

—¿Por qué no se lo pides a él? —protestó Ronald.

—Me los das tú y los sumas a la cuenta de él. ¿No sois socios?

—Está bien —aceptó Ronald de mala gana.

—¿Cuánto quiere jugar? —preguntó Martin con displicencia a aquel tipo tan sucio y maloliente que tenía delante, y con el que pretendía resarcirse de sus pérdidas de aquel día.

El desconocido, con movimientos lentos y torpes a la vez, se quitó un anillo que llevaba en el dedo corazón de la mano izquierda.

Era grande, de oro, y en él iba engarzada una gran piedra negra que hubiera relucido más de haber mayor iluminación en la taberna.

—¿Cuánto, cuánto me da?

Martin puso cara de disgusto. Cogió el anillo entre sus dedos pulgar e índice de la diestra y lo miró como si no le interesara lo más mínimo. Se lo probó en el dedo corazón de la zurda, el mismo dedo en el que lo llevaba aquel extraño sujeto.

—Un poco forzado pero cabe. Diez dólares.

—Bu...bu...bueno —aceptó sin regatear.

Martin volvió a mirar el anillo, ahora con más recelo que antes, y preguntó:

—¿Es de oro?

—Sí —asintió aquel hombre que no parecía tener muchas fuerzas.

—Y la piedra, ¿qué piedra es?

—Bu...buena —dijo sin concretar.

—¿Es antiguo?

—Mu...muy antiguo.

—Si no tiene más que e3o —suspiró, frustrado—. liaremos una partida cerrada.

Martin puso sus diez dólares junto al anillo y echaron cartas. Hubo dos descartes sin nuevas apuestas y, al fin, el extraño personaje mostró sus naipes:

—Na...na...nada.

—Pues, lo siento, yo tengo trío de reinas.

Martin recuperó sus diez dólares y tomó el anillo que puso en el dedo corazón de su zurda. Sopló sobre él para inundarlo con el vaho de su respiración y después lo frotó contra su chaqueta de color crema.

Sonrió, satisfecho, la joya le gustó y le pareció un buen augurio. ¿La diosa fortuna al fin se mostraría propicia con él? —Es...espere, quiero ju...jugar más.

—¿Qué quiere jugar ahora? ¿Tiene una pitillera, acaso un encendedor de oro? Porque dinero no parece que lleve —le dijo sardónico. Ronald y la rubia oxigenada le observaban a distancia, interesados, especialmente Ronald con cuyo dinero estaba jugando. —Te...tengo esto.

Del interior de la sucia y oscura chaqueta sacó un pliego de documentos que puso en el centro de la mesa.

—Me lo juego contra mil dólares —dijo con dificultad.

—¿Mil dólares? ¿Qué es eso, una mina de oro? —preguntó mordaz.

—Una... una plantación.

—Hum, veamos. —Martin tomó los documentos y comenzó a leer—: "Escritura de propiedad de la plantación Shadowy, diez mil cuatrocientos acres...” ¿Y esto de veras vale mil dólares?

—Vale mu... mucho más.

—Está bien, está bien, no vamos a discutir por eso, pero resulta que no tengo suelto, ahora no tengo aquí esos mil dólares, pero si se fía de mí...

—Me fío —dijo, siempre con una voz apenas audible.

—Eso está bien. Es usted un tipo listo, amigo, se fía de mi cara. Bien, vamos a jugarlo a una sola partida y terminamos. —Alzó la mano para llamar a su amigo Ronald, el cual se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tráete una hoja y algo para escribir. El amigo se juega una escritura de propiedad; si pierde habrá que legalizarla luego y me harán falta un par de testigos. —Miró al extraño individuo que no apartaba sus ojos de él—. Las cosas hay que hacerlas bien.

Ronald se encogió de hombros y al poco regresó con una hoja que Martin llenó escribiendo como si fuera el otro jugador.

—Amigo, aquí dice que Martin Spellman Warner, que soy yo, es propietario de la escritura etcétera, etcétera... Firma usted y después que firmen los testigos. Si todo está bien, no pasa nada.

Ronald firmó, también lo hizo el mozo del bar a cambio de dos dólares. Se inició la partida de póquer con sólo los documentos encima de la mesa.

Martin consiguió un full de reyes; su contrincante, sólo una pareja.

—Ha ganado —dijo el hombre que había firmado como Michael Crawell.

—Sí, eso parece. No ha tenido usted suerte, amigo, pero le invito a una copa.

—Ha ganado, ha ganado, la plantación es suya —fue diciendo mientras se ponía en pie.

—Sí, es mía, así son las cosas.

—Su...suya... —Dio la vuelta y se alejó, tambaleándose.

—¡Eh, amigo, no se vaya a suicidar ahora! —le gritó Martin cuando Ronald, con la furcia colgada de su brazo, se le acercó.

—Eh, Martin, ¿qué es todo esto de la plantación?

—Pues, que ya soy un terrateniente.

—¿Y qué has puesto tú sobre la mesa?

—Mil pavos.

—¿Mil pavos? Si no los tienes...

—Bueno, ese tipo se fiaba de mí.

—Eres el granuja más grande que he conocido.

—Tu amigo es muy listo —opinó la furcia, riéndose con un tono de voz tan agudo como escandaloso.

—Pero, ¿de veras vale mil pavos esa plantación?

—La verdad, no lo sé, pero yo tampoco tenía los mil pavos. ¿Qué más da?

—Eh, espera, espera... Recuerda que has jugado gracias a que te he prestado dinero, eso me convierte en tu socio.

—Sólo me has prestado veinte pavos, recuérdalo.

—Sí, pero sin ellos no habrías podido limpiar a ese incauto.

—Bueno, como la plantación es grande, no me irá mal tener un socio. ¿No buscábamos trabajo? Pues, ya tenemos una magnífica plantación.

—¿Por qué no la vendes y con el dinero que te den montamos un negocio en la ciudad? Un garito prohibido, por ejemplo.

—No estaría mal, pero antes de vender será mejor que veamos cómo es esa plantación y lo que puede valer, no sea cosa que vendamos por diez lo que vale cien.

—Si vale más, ¿por qué no la ha vendido él?

—No sé de dónde habrá salido ese tipo, pero me ha dado la impresión de que se alegraba de perder. Tiene que haber salido del manicomio, es la primera persona que conozco que se pone contenta de perder y además, mira que anillo.

—¡Uauh! —exclamó la mujer de la taberna— ¿Me lo das?

—Cuidado, chica, no vayas a quemarte. Este anillo es algo especial y creo que me va a dar suerte.

—Martin, en todo esto hay algo raro y no roe gusta. Alguien va a pedirte cuentas.

—¿Cuentas a mi, por qué? Ese tipo quería jugar y hemos jugado.

—Pero tú no tenías los mil dólares.

—Vete al diablo, Ronald. Ese tipo se ha fiado de mí y si yo hubiera perdido, le habría pagado. Vamos a tomar unos tragos y mañana nos iremos a la plantación. Allí ya veremos si nos convertimos en plantadores o vendemos las tierras.

—¿Qué te parece si vamos a buscar a las chicas? Ahora ya tenemos algo sólido. Con esa escritura podemos pedir un préstamo al banco y comenzar a plantar. —Buena idea, y esto hay que celebrarlo.

CAPÍTULO II

Katty miró fijamente los ojos de Martin cono buscando en ellos la verdad y algo más.

Buscaba los propósitos más recónditos del hombre para saber qué decisión debía tomar.

—¿Me estás pidiendo que deje a mí madre y me marche contigo?

—Tu madre tiene a su amigo —observó Martin—. Algún día tienes que iniciar tu propia vida, te equivoques o no en el camino que escojas.

—Junto a mí madre estoy bien.

—No estás bien —le replicó Martin—. No eres tú misma, eres como una sirvienta de tu madre y dentro de unos años, enfermera. Deja que ella también viva su vida sin apoyarse tanto en ti, que viva con su fulano.

—Sólo es su amigo —puntualizó la joven, molesta.

—Sí, su amigo —aceptó ambiguo, para precisar después—: Pero se acuesta con él un par de veces por semana.

—Lo que haga mi madre es asunto suyo.

Martin había llegado hasta aquella casa dispuesto a convencer a Katty. Había sido su novia antes de marcharse a la guerra y le había pedido que esperase su regreso y a que tuviera un porvenir claro, pero la vida había sido dura con Martin y su amigo Ronald y todo se había retrasado tanto que creía que Katty ya le había olvidado.

De cabello negro, piel muy blanca y espléndidos ojos azules, Katty tenía una belleza singular, una belleza que no regalaba a nadie y que no había utilizado para salir adelante en la vida.

Simplemente se había limitado a atender la sombrerería de su madre.

—Vente conmigo, ahora es tu ocasión. Obligarás a tu madre a formalizar su situación con su amigo, le harás un favor a ella y a ti misma, decídete.

—Has cambiado mucho, Martin. Llegaste y pese a tus heridas de guerra, parecía que fueras a comerte el mundo. Después te marchaste y sólo recibí un par de cartas.

—No tenía nada que ofrecerte, sólo una paga por herida de guerra, el salario de la mendicidad.

—No es mendicidad, Martin. Te han herido dos veces y mereces una compensación.

—Un hombre Joven ha de conseguir algo más. Cojeo ligeramente y eso a algunos no les gusta. No me quieren en un Banco ni para vender una aspiradora. Debía abrirme camino de otra manera y ahora, tengo una plantación.

—¿Una plantación, estás seguro?

—Sí. —Mostró los documentos que sacó de su bolsillo—. Aquí está la escritura.

—¿Plantación de qué? —inquirió ella recelosa, frunciendo el ceño.

—No sé, cuando llegue allí ya veremos qué planto.

—Pero, tú no sabes nada de la tierra...

—Puedo aprender, son muchas tierras y, después de todo, si sale mal, las vendo y montamos el negocio en otra parte.

—¿Qué negocio?

—No lo sé, no lo sé... ¿Quieres una sombrerería como ésta? ¿Qué más da un negocio u otro? Lo que importa es que dé dinero.

—No, no es lo mismo. El hombre que no se siente a gusto en su negocio, no termina bien.

—Vamos a ir Ronald, su novia, tú y yo, si es que aceptas acompañarme. No sé cómo convencerte. Yo me fui a la guerra y no sabía lo que allí me esperaba. Me dieron un par de balazos y dicen que ganamos la guerra, pero yo la perdí, nadie me ha dado trabajo. Ahora tengo una plantación, es mi oportunidad. No voy a preguntarte otra vez si quieres venir conmigo, estoy harto de pedir y pedir, se acabó. No sé dónde va a terminar todo esto, pero se acabó.

—Un momento, Martin. ¿En calidad de qué quieres que vaya contigo?

—¿Cómo va a ser? Casándonos. Tú no eres una chica para pasarlo bien, tú siempre fuiste mi novia.

—Es que yo ahora no estoy tan segura como lo estuve en otro tiempo.

—¿Has dejado de quererme? —preguntó, buscando I03 ojos azules de la mujer.

—No es eso, simplemente que no estoy segura de nada. También yo he recibido muchas decepciones y tú eres culpable de algunas de ellas. Ya me conoces, Martin, no me gusta equivocarme y para mí el matrimonio es algo muy importante.

—Si no quieres comprometerte, ven conmigo libremente, así podrás volar cuando quieras y en la dirección que te dé la gana.

—Eso sería muy bueno para ti, ¿no?

—Te adoraré, pero serás para mí como una diosa intocable.

—¿Una diosa intocable? —repitió casi incrédula.

—Sí, una diosa, hasta que tú decidas dejar de serlo.

—No sé, no sé, necesito pensarlo.

—Me gustaría dejarte todo el tiempo del mundo para que lo pienses, pero yo no dispongo de ese tiempo, necesito saber qué es lo que puedo sacar de esa plantación.

—Deja que lo piense, me pides mucho.

—Siempre he sido un poco impulsivo y quizás te pido demasiado. —Miró el anillo, aquel extraño anillo que tenía la piedra negra oval engarzada en oro. Lo sacó de su dedo y lo entregó a Katty— Guárdalo. Quizás no vaya bien a tu dedo pero guárdalo, te hará pensar en mí. Te llamaré por teléfono para que sepas dónde estoy.

Martin salió de la sombrerería y subió a su viejo coche.

Katty quedó tras los cristales del pequeño y selectivo comercio. Vio alejarse el vehículo y dentro de él al hombre que había amado y que ya no estaba segura de seguir queriendo. Su madre había colaborado mucho a aquella situación hablando continuamente pestes de él.

—Mamá, lo que tú quieres es que no te deje sola —le había replicado Katty.

—¿Sola? Puedes marcharte con ese don nadie que terminará en

la cárcel. Sí, puedes irte con él y dejarme que me pudra sola, no voy a reprochártelo. Haz con tu vida lo que te plazca, pero si te vas con ese pobretón, no vuelvas nunca más por esta casa.

Martin recogió a Ronald en el hotelito y se lanzaron a la carretera hasta llegar a una amplia estación de servicio donde unas camareras muy diligentes servían a los automovilistas. Allí se detuvieron, se apearon del coche y fueron a comer.

Ronald se fijó en una de las camareras de redondeadas nalgas que estaba de espaldas

a él. Cuando estuvo a su altura, le puso las memos en el trasero de forma acariciadora. Ella se volvió rápida dispuesta a abofetearle.

—¿Qué se ha creído, cerdo?

El le cogió la mano en el aire y se rió en su cara.

—¡Ronald, Ronald! —gritó ella, abrazándosele.

—Eh, pareja, que hay prisa —les advirtió Martin.

La camarera, en calidad, les sirvió muy por encima de lo que hubiera servido a otros clientes.

—¿Vendrás a buscarme luego, Ronald? Termino a las nueve.

—¡No!

—Maldito hijo de perra, ¿a qué has venido entonces? —le increpó, agresiva.

—No voy a esperar a las nueve. Ahora mismo te quitas ese uniforme con el que provocas a los clientes, demasiado generosos esos pechos y ese culo...

—Ronald, ¿qué estás diciendo? Pueden oírte.

—¿Tienes mucho equipaje?

—No, sólo una maleta.

—Pues, ve a buscarla, nos largamos.

—¿Adónde?

—Eh, Martin, dile tú adónde.

—A Shadowy, a mí plantación.

—¿Tu plantación? —repitió incrédula, con los ojos muy abiertos, enmarcados por un abundante pelo liso y muy rubio, cortado a la moda imperante.

—Y aquí donde me ves —dijo Ronald— yo soy su socio.

—Enseguida cojo mi maleta y me voy contigo adonde sea, estoy harta de servir aquí, te agotas, te revientas las piernas y total para nada porque no sales de la miseria.

—Se terminó hacer de camarera aunque, si no te molesta, podrás ser nuestra cocinera. Sólo somos dos y aquí, en cambio, ¿a cuántos tienes que atender?

—¡Ronald, te amo!

Lo abrazó. Poco después, el Ford reemprendía la marcha en busca de la maleta de Helen, que resultaron ser tres, dos sombrereras y un bolso lleno de cosméticos.

—Menos mal que todavía estás en la miseria —opinó Martin—. ¿Qué ocurrirá cuando tú seas rico y puedas comprarle todo lo que pida?

—¡Vamos a ser ricos, vamos a ser ricos! — comenzaron a cantar a gritos mientras el viejo coche roncaba por la carretera sacando de su corazón de bielas el máximo poder. Su tubo de escape temblaba y el radiador advertía que pronto necesitaría agua, mucha agua.

CAPÍTULO III

Mientras avanzaban por la carretera observaron que a su derecha, en dirección sudoeste, las tierras oscurecían a causa de una desagradable niebla.

—¿Os habéis fijado? —preguntó Helen—. A la derecha niebla y a la izquierda, sin niebla. La carretera es la línea divisoria.

—Sí —admitió Martin que era quien conducía con un cigarrillo entre los labios y el sombrero algo ladeado—. Puede que sean tierras muy húmedas y la niebla se embolse en ellas. Recuerdo que en Europa vi tierras así por Bélgica y Holanda.

—Pero aquí hace más calor —observó Ronald sonriere—. Creo que vamos a sudar.

—Los patronos nunca sudan —se rió Helen.

De improviso, Martin pisó el freno haciendo chirriar los neumáticos.

—¿Qué pasa? —gritó Ronald que casi dio con su cabeza contra el cristal parabrisas.

—Mira ahí.

Señaló un camino que se abría a la derecha de la carretera. Entre dos árboles altos colgaba un tablón en el que con grandes letras negras podía leerse: "SHADOWY".

—Oye, ¿es esto? —preguntó Ronald.

—Eso parece —admitió Martin maniobrando con el automóvil para enfilar por aquel camino pasando por debajo del rótulo. Encendió los faros, la vegetación se hacía cada vez más espesa, eran cañaverales de grandes hojas.

—Parece que la tierra es fértil —opinó Ronald.

—El terreno es muy blando, no me gusta, podemos meternos en un barrizal y no salir de él.

—No caeremos en uno de esos pantanos que 3e te tragan, ¿verdad? —inquirió Helen asustada, apartándose de las hojas que trataban de azotarle el rostro por el hueco de la ventanilla.

—Si esto es un camino, no será fácil que se nos trague el barro —dijo Martin.

Al fin, la espesa vegetación fue despejándose. Incluso, el cielo estaba más claro, como si la niebla hiciera una tregua en aquel lugar.

—Mirad, ahí está la casa —señaló Martin acercando el automóvil a la construcción.

La casa era vieja, de madera. Soportada por troncos de tres pies de altura, tenía dos pisos.

—No está mal, ¿verdad? —comentó Martin deteniendo el coche.

—Las he visto de peores —replicó Ronald.

—Bueno, le hacen falta algunas reparaciones y un poco de pintura. El tipo que la perdió en el póquer no tenía cara de preocuparse mucho de ella.

—¿Aquí vamos a vivir? —casi se asustó Helen.

—No os precipitéis. Primero hay que hacer algunos arreglos; luego, cuando los bolsillos se nos llenen de dólares, haremos una casa nueva. Además, la ciudad no está lejos, se puede construir una casa allí y venir aquí para dirigir la plantación.

Helen, muy directa, propuso:

—¿Por qué no vamos ya a la ciudad?

—Primero hay que ver bien la plantación — dijo Martin.

—Está abandonada —observó Ronald.

Sí, no se ve a lo lejos, pero parece abandonada. Hay que averiguar qué es lo que producía esta plantación.

—Y pasar por el Banco a ver qué crédito nos dan.

—Querrás decir "me dan*' —puntualizó Martin.

—Oye, somos socios, pero si no quieres, Helen y yo nos largamos.

—Tranquilo, socio, tranquilo, veamos cómo está todo esto primero.

Helen no parecía tener muchos deseos de entrar en aquella casa. Martin fue el que penetró en ella para observar su estado. Cuando

volvió a salir, Ronald y Helen le esperaban.

—Bueno, hay que limpiar, pintar y mejorar las camas. En su día pudo ser una gran casa.

—No iremos a pasar aquí la noche, ¿verdad? —inquirió Helen, molesta.

—Vamos a ir a la ciudad, ya regresaremos.

Ronald prefirió advertir a su amigo:

—Recuerda que no tenemos mucho dinero.

—Con una plantación tan grande somos ricos, nos darán crédito en todas partes.

—Creo que lo mejor sería que vendieras esto —opinó Ronald.

—Voy a dar un vistazo en derredor antes de ir a la ciudad, he de tener una idea clara de lo que poseo.

—Pues, muchas tierras blandas, con mucho fango *y* posiblemente ciénagas. Aquí se podría plantar arroz.

—Arroz y maíz si 3e bombea el exceso de agua. Creo que hay procedimientos para eso, todo depende de que la tierra sea buena.

—Estoy muy nerviosa, dadme un cigarrillo —pidió Helen.

—Se me terminaron —dijo Martin.

—Cógelos del bolso, te he puesto un par de paquetes dentro cuando hemos parado en la gasolinera —le indicó Ronald.

La mujer fue hacia el coche en busca de los cigarrillos, sus movimientos evidenciaban nerviosismo. Abrió uno de los paquetes. Las cerillas cayeron al suelo justo donde había un charco de agua y se le humedecieron.

—¡Maldita sea!

Escogió entre las cerillas una que pudiera encenderse y al final lo consiguió, aspirando con fuerza la primera bocanada de humo. Luego, como si le hubieran dado el aire que le faltaba para respirar, buscó a los dos hombres con la mirada, pero estos habían desaparecido.

—¡Martin, Ronald! —llamó sin apartarse del coche, único lugar que podía darle cierta seguridad en aquel ambiente donde la niebla se rasgaba o se cerraba con suma rapidez.

Los dos hombres debían estar dando un vistazo alrededor de la casa.

"Esperaré a que regresen. Mejor, así no meteré más los pies en el barro", pensó Helen.

Observó entonces que las hojas de los cañizales más cercanos se movían, como si alguien avanzara entre ellos.

—¡Martin, Ronald! —llamó de nuevo, apartando el cigarrillo de sus labios.

No obtuvo respuesta. Helen siguió mirando hacia los cañizales, pensando que podían estar gastándole una broma.

Sus ojos se agrandaron y las rodillas dejaron de tener fuerza para sostenerla. Fue como si la vaciaran de sangre cuando vio aparecer a un desconocido de elevada estatura, un mulato sin duda por sus rasgos negroides.

Iba vestido con andrajos y sus movimientos eran lentos y torpes. Los ojos, de mirada perdida, parecían vidriosos. Unas pequeñas moscas se pegaban a su mandíbula caída como queriendo penetrar por la gruta que para ellas formaba la boca. Aquel ser llevaba un largo machete en la mano.

—¿Quién, quién es? —preguntó Helen asustada, buscando con la mirada las figuras de Martin y Ronald.

El mulato no le respondió. Las repugnantes moscas seguían paseándose por sus labios, entrando y saliendo en su boca, mientras sus pupilas vidriosas se centraban en ella, mirándola pero como sin verla mientras avanzaba hacia la mujer con el largo machete bien asido en la diestra.

—No sé quién es, no sé. He venido con unos amigos —balbuceó trémula, al borde del grito, mientras retrocedía pegándose al coche.

Aquel ser alzó el machete. Con la ancha y afilada hoja trazó una curva por delante de él y de no haberse apartado Helen a tiempo, la hubiera decapitado de un solo tajo.

Helen, en su trabajo de camarera, se había conservado ágil, por ello esquivó el acero que silbó por encima de ella.

Su chillido debió perforar el silencio que la rodeaba. Abrió la portezuela del coche y penetró en él, cerrando rápidamente.

El maligno y fornido mulato alzó de nuevo su machete y golpeó contra uno de los dos cristales parabrisas que llevaba el coche, el que correspondía al asiento del acompañante.

Los cristales saltaron hechos añicos.

Helen chilló desesperada. Ya no se sentía segura dentro del vehículo.

Otro machetazo hizo que el acero asesino se introdujera en el

coche haciendo un tajo en la tapicería del asiento del que Helen había conseguido apartarse a tiempo.

Desesperada, la joven clavó sus dientes en la mano armada, mordiendo con toda su fuerza. El sabor que notó la repugnó terriblemente, antes jamás había sentido nada igual. Consiguió arrancar un pedazo de carne del antebrazo, pero no salió sangre alguna y la carne le pareció corrompida.

Aquel ser logró recuperar su machete.

Helen, medio estirada dentro del coche, descubrió un revólver, era el revólver de Ronald. Lo asió sin titubear. No era ninguna experta con las armas, pero sabía manejarla. Hizo saltar el seguro y comenzó a disparar contra el mulato que parecía dispuesto a introducir el machete por el hueco que había dejado el cristal despedazado para terminar con la vida de Helen,

Las detonaciones sonaron una tras otra. Al principio, Helen vio como las balas, al introducirse en el cuerpo del mulato, le hacían tambalear pero no caer. De su cuerpo no salía sangre. Siguió disparando y quedó envuelta en el humo de los disparos efectuados desde el interior del coche.

Al fin, el tambor quedó vacío y ya no hubo más disparos. Helen, chillando, fuera de sí, comenzó a golpear el botón del claxon con la culata del arma que no soltaba.

Eh, eh, ¿qué te pasa? —preguntó la voz de Martin.

—¿Qué ha ocurrido? —masculló Ronald llegan do junto al coche detrás de Martin.

Helen le puso la pistola por delante. Martin se la quitó y ella disparó.

—Menos mal que está vacía, de lo contrario me hubieras matado.

—¿Por qué has disparado, Helen? —preguntó Ronald.

—¡Está ahí afuera, está ahí afuera! —seguía gritando la mujer.

Martin abrió la portezuela. Sacó a Helen del coche y la abofeteó para cortar su histeria.

—Eh, no le pegues, que es mi novia.

Helen se abrazó a Martin llorando, rota su crisis de nervios.

—¡Es horrible, horrible!

—¿Se puede saber qué es lo horrible? —inquirió Ronald a su lado, viéndole los ojos llenos de lágrimas y estando ella todavía en

brazos de Martin.

—Un mulato con un machete quería matarme, ha roto el cristal. Es horrible, horrible, nunca he visto un tipo igual, parecía un cadáver.

—¡Qué tonterías dices! —le objetó Ronald burlón—. Si fuera un muerto, no te habría molestado.

—Este es un lugar muy solitario. Nos has perdido de vista y la niebla te ha jugado una mala pasada. Has creído ver algo raro, has encontrado el revólver y has empezado a disparar, por eso has roto el cristal parabrisas. No te preocupes, compraremos otro o mejor, otro coche, porque vamos a ser ricos. Estoy convencido de que estas tierras pueden producir mucho.

—No me creéis, no me creéis, pero es verdad, es verdad, lo he visto, quería matarme.

Ha aparecido por allí —señaló los cañaverales.

—Aquí hay huellas —admitió Ronald—, pero pueden ser nuestras.

—¿Nuestras? Tú no vas descalzo, ¿verdad? — rezongó Martin en voz baja.

—No, claro, llevo zapatos como tú.

—Pues, en algunas de las huellas del barro parecen haber dejado marcas de dedos, alguien que no usaba zapatos.

—No es posible, yo no me he quitado los zapatos.

—No seas imbécil —le pidió Martin siempre en voz baja—. Helen ha dicho la verdad.

—¿Estás seguro?

—¿Es que no has visto el corte en el tapizado del asiento?

—Pues...

—Vámonos de aquí, no sería bueno metemos entre las cañas. El tipo que ha estado aquí conocerá este lugar mejor que nosotros y podríamos salir afeitados de ahí dentro.

Vámonos, aunque sólo sea para comprar cartuchos y rellenar el tambor de tu revólver.

—Sí, claro —aceptó Ronald. Al entrar en el coche, observó el tajo que había en el tapizado del asiento—. Tranquila, Helen. Ahora vamos a la ciudad y buscaremos un buen lugar para comer hamburguesa con cebolla.

De pronto, la joven tuvo violentas arcadas y hubo de sacar la

cabeza por la ventanilla.

—¿Qué le pasa ahora? —gruñó Ronald mientras Martin ponía el coche en marcha y lo hacía salir de aquel lugar para regresar a la carretera.

CAPÍTULO III

La ciudad de Casas Grandes no pasaba de ser un pueblo y resultaba pretencioso llamarla "City".

Sólo había edificaciones que llegaban a las tres plantas de altura en el centro de la población. El resto eran de una sola planta y construidas en madera. Las calles eran anchas y la gente parecía silenciosa, pocos coches y camionetas iban de un lado a otro.

Martin detuvo el viejo Ford frente al "Welcome Hotel". Cuando ya había puesto el freno, dijo:

—Será mejor que no contemos nada de lo que le ha ocurrido a Helen.

—¿Cómo que no? Allí hay un asesino peligroso con un machete. Quería hacerme pedazos y todavía no sé cómo me he salvado. Debéis creerme, los disparos no le hacían nada, nada.

Ronald se burló:

—Habrá sido por tu buena puntería.

—Si contamos que allí hay un asesino escondido entre la maleza con un machete y que no le hacen nada las balas de un revólver, como mínimo nos tomarán por locos y si nos creyeran, ¿quién iba a querer comprarme las tierras?

—Martin tiene razón. Ya lo has oído, Helen,! no hay que decir nada y menos a la policía.

—Yo no quiero volver por allí.

—Nos quedaremos aquí, tranquilízate —le pidió Martin.

—Vended esa plantación enseguida y marchémonos de aquí.

—No tan aprisa, Helen. Si hay un asesino suelto allí dentro, le daremos caza. Ronald y yo hemos estado en la guerra y sabemos

usar un fusil y encontrar a un emboscado.

—Cierto. Si hay que sacar a ese tipo de ahí dentro, lo haremos con un par de rifles y si nos lo pone difícil, podemos comprar un par de perros para que le sigan el rastro.

—Bien, ahora vayamos a lo nuestro y con la lengua quieta.

El "Welcome Hotel", como todo en Casas Grandes, no era gran cosa. Solía recibir a los viajantes de comercio y a poca gente más.

—¿Cuántas habitaciones? —les preguntó el hombre con gafas y aspecto cansado y de mal genio.

—Tres.

—Son cuatro dólares al día por habitación y quiero una semana por adelantado, norma de la casa.

—¿Cuatro dólares por habitación y día? — repitió Ronald, molesto—. ¿Está el whisky incluido? Le advierto que puedo tomarme un par de botellas al día.

—No admitimos borrachos, lo ponen todo perdido —replicó el hotelero que no era amigo de seguir las bromas.

—De acuerdo, pero que las habitaciones sean buenas —exigió Martin.

—Bien, tendrán que firmar el registro.

—No tan aprisa, antes queremos ver las habitaciones.

—Le advierto que sólo hay este hotel en la ciudad.

—Por eso coloca unos precios tan escandalosos —protestó Helen.

Primero queremos ver las habitaciones. Si no le gusta, nos vamos y usted no gana esos doce dólares diarios.

Convencido con aquel razonamiento de Martin, tomó tres llaves del tablero y dijo:

—Vamos arriba.

Las habitaciones no eran nada especial, pero tampoco resultaban demasiado pequeñas y daban a la calle.

—Pueden pasar —opinó Ronald.

Helen, que había inspeccionado las tres, comentó:

—He dormido en sitios peores.

—Nos quedamos por ahora. Yo cojo la grande.

—¿La grande, y para qué quieres tú tanta cama si estás solo? —se quejó Ronald.

—Eso, nunca se sabe.

—Bien, si se quedan son ochenta y cuatro dólares. Si están menos días, les devolveré la diferencia.

—La calderilla que llevaba suelta la he dejado en la última gasolinera. Ahora, para pagarle, tengo que ir antes al Banco y veo que lo tengo a la vista —dijo, clavando sus ojos en el edificio de tres plantas que estaba al otro lado de la calle.

—¿De veras tiene dinero en el Banco? —rezongó el hotelero, desconfiado.

—Soy un terrateniente.

—Sí, usted no sabe con quién está hablando. Mi amigo es propietario de diez mil cuatrocientos acres.

—Mientras no sean de desierto...

—Subid los equipajes a las habitaciones, yo voy al Banco —dijo Ronald—. Después de todo, somos socios.

Martin se encogió de hombros y ambos, con la documentación que tenían, se dirigieron al Banco.

—Oye, Martin, al coche hay que hacerle algo. Si eres rico, no puedes circular con medio parabrisas roto. Con razón el hotelero desconfía tanto de nosotros.

—No estaremos mucho tiempo en ese hotel. Arreglaremos un poco la casa y dejaremos de pagar doce dólares al día.

Entraron en el "Moss Bank". Desde detrás del enrejado mostrador, un hombre con visera oscura para que sus ojos no resultaran molestados por la poca luz que allí había, les preguntó:

—¿Qué desean?

—Hablar con el director.

—¿Le conocen?

—De pequeños, jugamos a canicas juntos.

Ronald creyó oportuno añadir:

—Y yo jugaba a papás y mamás con la hermana del director.

—Esto es un Banco, no un bar —objetó el empleado.

—No te hagas el gracioso, aquí los clientes somos nosotros. Dile al director que queremos verle, se trata de un asunto de tierras. Me llamo Martin y éste, que se muere por ser mi socio, Ronald.

Con gesto preocupado, el empleado vaciló. Al fin, se retiró del mostrador y pasó al otro lado de una puerta tapizada en piel. Estuvo allí poco tiempo y regresó levantando una parte del tablero del mostrador para dejar el paso libre.

El director del Banco era un tipo que, de tan obeso como estaba, tenía dificultades para moverse. Sostenía entre sus labios un cigarro consumido a medias y apagado que apestaba. Unas hebras cubrían su calva de izquierda a derecha y sus ojillos escrutaron a los dos hombres que acababan de entrar en su despacho.

—Tomen asiento —les dijo, con su habitual tono autoritario.

—Verá, soy nuevo aquí, pero resulta que soy propietario de diez mil cuatrocientos acres. Estoy dudando entre explotar la plantación o bien venderla y marcharme.

—Usted es libre de tomar su decisión, señor...

—Martin, y mi amigo se llama Ronald. Verá, tengo muchas tierras, pero en este momento voy flojo de dinero suelto y he pensado...

—Que yo podría abrirle una línea de crédito personal teniendo en cuenta sus propiedades.

—Así es. En principio, con mil dólares me arreglaría. Tengo que pagar el hotel y comprar algunas cosas necesarias.

—Si es usted tan rico en tierras como asegura, naturalmente que podemos llegar a acuerdos, para eso está el Banco; pero, ¿puede demostrar que es propietario?

—Por supuesto.

Martin puso sobre la mesa los documentos que el banquero tomó entre sus dedos gordezuelos, comenzando a leerlos.

—¿La plantación Shadowy? —parpadeó incrédulo, alzó sus ojillos por encima de la escritura y miró a Martin—. ¿Esto es una broma?

—Broma, ninguna. Soy el dueño de esa plantación, como podrá comprobar.

El banquero comenzó a dar vueltas entre sus dientes al cigarro medio consumido y apagado. Fue leyendo el documento para sí y después preguntó:

—¿La fecha que aparece en el documento es verdadera?

—Naturalmente.

—¿Sabe usted que por falsificar documentos puede ir a la cárcel?

—¿Falsificar documentos, qué quiere decir?

Ante la agresividad de Martin, que iba en aumento, el banquero trató de apaciguarlo.

—Quizás alguien le ha engañado a usted.

—¿Por qué, qué es lo que no está en regla?

—Sencillo, el señor Michael Crawell murió hace veinte años.

—Imposible, estuvo conmigo hace una semana y le gané esta propiedad. Estas tierras son nías ahora.

—Si quiere quedarse con la plantación, vaya al registro y que se haga la transmisión patrimonial a su nombre, pero yo, en su lugar, rompería esos documentos y me iría de Casas Grandes ahora mismo, olvidándome de todo.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Son diez mil cuatrocientos acres! —puntualizó Ronald de nuevo.

—Lo siento, caballeros. En la situación que está esa escritura, nada puedo hacer por ustedes.

—¿Y cuándo la tenga bien registrada a su nombre? —insistió Ronald.

—Tampoco.

¿Por qué? —preguntó Martin.

—Estas tierras son malas, tienen demasiada agua y están como envenenadas. Nadie ha conseguido sacar fruto de ellas y es evidente que ustedes no son campesinos. El Banco es un lugar de negocio y no da dinero a nadie simplemente porque lo pida. Si les dejara mil dólares, sería porque me los iban a devolver con intereses en un plazo más o menos breve, pero en este caso, no podrían devolverme el dinero, porque nada van a sacar de esa plantación.

—Eso ya lo veremos —replicó Martin muy molesto, recogiendo sus papeles—. Luego puede que sea usted quien me busque, no creo que haya ninguna otra plantación tan grande por aquí.

—Sin duda, pero Shadowy está al norte de la carretera y allí no va nadie. Buenos días, caballeros.

Golpeó un timbre con la mano y su empleado apareció casi de inmediato, abriendo la puerta. A los pocos segundos, Martin y Ronald estaban en la calle.

—Ese cerdo me las pagará...

—Tranquilo, Martin, vengarse de un banquero es muy difícil, son precavidos en todo.

—Ahora tengo que comprobar si me han estafado o no. El tipo que se jugó la plantación era muy raro, tenemos que averiguar quién era.

—Primero, registra la propiedad a nuestro nombre, quiero decir, a tu nombre.

—Nosotros no hemos cometido ninguna estafa, pero ¿y si el tipo que se jugó la plantación había robado los documentos?

—No lo creo, probablemente será un heredero.

—Lo comprobaremos todo. Ahora iremos al cementerio.

—¿Cementerio, de veras quieres ir allí?

—Sí, luego investigaremos el resto, pero estoy convencido de que la plantación es mía.

—Eso, seguro, y aunque el banquero diga que allí no se puede plantar, nunca se sabe. Haremos analizar las tierras por un laboratorio y nos dirán qué es lo que mejor se puede producir en ellas.

Fueron a por el coche y a un hombre que descendía de una furgoneta cargada de bidones de cerveza, le preguntaron:

—¿Dónde está el cementerio?

El hombre les miró con recelo y después dijo:

—Sigan la calle Tres, al final está la carretera. Avancen una milla y tuerzan a la derecha por un camino algo malo y llegarán al cementerio.

Martin no le dio ni las gracias. Pisó el acelerador y el viejo "Ford" roncó en busca del cementerio mientras Helen, inquieta, les veía alejarse desde la ventana del hotel.

No les fue difícil encontrar el cementerio.

El camino era pésimo. Las lluvias habían dejado en él surcos profundos que hacían botar el viejo coche mientras Ronald recibía el viento en plena cara, ya que el cristal parabrisas faltaba delante de él. Quedaba el nervio central de la carrocería y luego el otro cristal parabrisas que protegía al conductor.

—Parece muy descuidado, ¿verdad?

Ronald, en vez de contestar, tosió.

—El aire me ha secado la garganta —dijo—. Basta que no pongas el cristal, no vayas tan aprisa.

La verja del cementerio no ofreció ninguna resistencia. La cerradura estaba destrozada y nadie se había preocupado de cambiarla.

—¿Pretendes que busquemos la tumba de Michael Crawell?

—Eso es. Separémonos, así abarcaremos más campo y la

encontraremos antes — propuso Martin.

Comenzaron a buscar entre las tumbas. Las había más o menos antiguas, algunas tenían cruces y otras, lápidas sin cruz alguna.

El descuido era general. Habían crecido hierbajos que nadie arrancaba, era como si los que acudían allí para enterrar a sus deudos luego tuvieran prisa por abandonar el recinto. No había flores sobre las tumbas, nadie llevaba flores a sus muertos. Parecía que los habitantes de Casas Grandes sólo acudieran al camposanto en grupo en los entierros, nunca a solas para meditar junto a la sepultura de algún ser querido.

—Eh, Martin, ¿ves algo?

—Aquí está...

Sacó el paquete de cigarrillos y colocó el último pitillo entre sus labios. Mientras II prendía fuego, Ronald acudió a su lado.

—Michael Crawell Quiz, 1861-1899 —leyó en voz alta.

—¿Veinte años que murió? —se asombró Ronald. —Encaja con lo que ha dicho el banquero —Entonces, ¿quién te dio la escritura?

—Es lo que hemos de averiguar, porque no cabe duda de que a Michael Crawell lo enterraron aquí hace veinte años y es el mismo nombre que consta en la escritura.

—Oye, Martin, ahora no he bebido, estoy sobrio, ¿verdad?

—Sí, eso parece, aún no has entrado en ninguna taberna.

—¿Te has fijado en que las plantas alrededor de esta tumba han sido aplastadas y cortadas?

—Es cierto.

—Es como si hubieran desplazado la pesada losa que cubre la sepultura.

Martin quedó pensativo mirando la losa de granito en la que habían cincelado el nombre del muerto y el año de nacimiento y el de la muerte.

—Sí, es posible que esta losa haya sido movida.

—¿Y por qué?

—Lo ignoro, pero podemos moverla nosotros y qué hay dentro.

Ronald torció el gesto, su rostro fue muy expresivo.

—Vámonos de aquí, pronto oscurecerá y tengo hambre.

CAPÍTULO IV

El bar era grande, no debía haber muchos como aquél en Casas Grandes.

El rostro de Helen no reflejaba alegría. Parecía molesta delante de una ginebra y Ronald, cerca de ella, trataba de calmarla.

—No te preocupes tanto, mujer, te devolveremos tu dinero.

—Si llegas a invitarme al "Waldorf", me dejas en la ruina.

—Martin tiene la propiedad y dentro de unos días cobraremos nuestra paga de heridos de guerra.

—Si me hubieran dado un trabajo, habría rechazado esa paga —gruñó Martin—, pero hay que comer. Pronto pondremos en marcha la plantación y esta noche telefonearé a Katty.

—No se te ocurrirá hacerla venir también, ¿eh? —casi se asustó Helen.

—No, no por ahora. Hemos de dejar pasar unos días hasta que solvente los problemas. He de registrar la plantación a mí nombre y si el banquero de aquí no quiere prestarme dinero, iré a otro Banco.

Helen puntualizó:

—Aquí no hay otro Banco.

—Pues iré a otra ciudad.

—Si el del Banco local no te da crédito, ¿cómo te lo van a dar en otra parte? Recelarán y yo haría lo mismo —fue diciendo la mujer,! muy pragmática—. Yo no entiendo de eso, pero sí sé que para que esa plantación pueda ponerse en marcha y producir, habrás de invertir mucho dinero y tú no lo tienes.

—Una vez registrada y totalmente legal izada! podría venderla a alguien que sí tenga dinero» para explotarla. Seguro que encontraré

comprador si la vendo con astucia.

—Yo no volveré allí, Martin. Hay un mulato asesino y por poco no me ha descuartizado con su machete.

—A ese tipo lo buscaremos con rifles y perros si hace falta.

—¿Y si lo denunciamos al comisario? —sugirió Ronald.

Martin hizo un gesto dubitativo antes de objetar:

—Si pongo mala fama a la plantación, no habrá quien la compre y el que se empeñe en ello, tratará de conseguirla a la baja. Para vender lo que ofreces, hay que presentarlo como el mejor de los paraísos aunque sea un auténtico infierno.

Mientras hablaban, un hombre se les acercó con un vaso en la mano en el que restaba algo de whisky. Aquel hombre tenía unas mejillas col gantes como un bulldog. Su chaqueta tenía los codos brillantes por el desgaste y en las solapas y hombros podía verse caspa que no se había preocupado de cepillar.

—Buenas noches, me llamo Lesterson y soy el mejor picapleitos de Casas Grandes hasta que venga a instalarse otro. La verdad es que aquí la gente suele arreglar los pleitos a su manera, sin recurrir a la corte de justicia y cuando tienen un problema serio, algunos desagradecidos se van a otra ciudad a buscar un abogado.

—No se está vendiendo usted muy bien, amigo —opinó Martin mientras barajaba un mazo de naipes por hacer algo con las manos.

—Es que prefiero que sepa lo que soy por mí y no por otras malas lenguas de la ciudad. Sí, aquí hay lenguas peores que la de cascabel. —Se bebió el resto de whisky que le quedaba en el vaso—. Yo puedo ocuparme de la legalización y registro de la escritura de Shadowy.

—¿Quién le ha contado que nosotros...? —comenzó a decir Ronald.

—Este es un pueblo pequeño y cuando uno mea todos se mojan. —Clavó sus ojillos en Helen y añadió—: Señorita, disculpe que sea un poco grosero en mis expresiones y peor está siendo yo un abogado en ejercicio, pero la vida es así y a mí me da muchas náuseas continuar aquí en Casas Grandes.

—Si no le gusta esta ciudad, ¿por qué no se va? —le preguntó la chica.

—Sencillo. Tengo demasiadas deudas, pero por ahora no me aprietan lo suficiente para asfixiarme y si me fuera, podrían

acusarme de impago. En fin, cosas de la vida.

Martin cogió la botella de whisky que había sobre la mesa y escanció en el vaso del abogado que sonrió beatíficamente.

—De modo que usted puede ocuparse del registro...

—Sí. No es que sea difícil registrar una propiedad, pero como todo ha de estar en orden. Ustedes son forasteros aquí y seguro que hay muchas cosas que desconocen y que puede traerles problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—La escritura está a nombre de Michael Crawell, ¿no es así? —Martin asintió lentamente con la cabeza sin apartar sus ojos del picapleitos—. Y Michael Crawell murió hace veinte años.

—Quizás fue un hijo del hombre que murió hace veinte años el que me entregó la escritura de la plantación.

—No lo creo —objetó el abogado, sonriendo insidioso—. Michael Crawell no tuvo hijos ni había por aquí nadie que se llamase como él.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Verá, hay cosas que no se pueden decir con demasiada claridad. Es como pretender atrapar la niebla con las manos, no se puede. Yo fui abogado de Crawell hace más de veinte años, por entonces yo era joven y creía que me iba a comer el mundo. Destacaría aquí, me iría luego a una ciudad grande y después a Washington. En cambio, sigo aquí y sin más futuro que unas copas de whisky por las noches.

—No dé más rodeos. Si sabe algo, dígalo.

El abogado miró los naipes que estaban entre las manos de Martin.

—Le gusta jugar, ¿eh?

—Sí, pero soy de los que saben que no se gana siempre.

—Yo no tengo que responderle nada, no es mi cliente, claro que si le doy información, usted a cambio será mi cliente. ¿De acuerdo?

—¿Cuánto me va a cobrar?

—No tema, no voy a resultarle caro, tampoco adquiere un compromiso de un pago determinado y puntual conmigo. Si todo sale bien, ya le pasaré mi minuta.

—Ahora, la información.

Sacó la cartera. Junto a ella llevaba un sobre amarillento y dentro de éste, una fotografía que se conservaba bastante bien. En

ella se veía a un hombre frente a una puerta.

—¿El hombre que le dio la escritura de Shadowy es éste?

Sin vacilar, Martin asintió:

—Sí. Jugué póquer con él y perdió la escritura de la propiedad que ahora es mía. Hay testigos y todo está en orden.

—Si de verdad desea escriturar esa propiedad a su nombre, tenga cuidado con lo que dice. Es mejor ser discreto y arreglar un poco esa historia de cómo consiguió Shadowy, porque si la cuenta así, el juez no se la va a creer.

—Es que fue tal como le he contado y no tengo por qué mentir.

—Pues, tendrá que hacerlo si quiere sacar algún provecho de la propiedad. Michael Crawell murió hace veinte años.

—Hemos estado en el cementerio y hemos visto la tumba de Michael Crawell — explicó Martin— pero hemos supuesto que se trataría del padre del que me entregó la escritura.

Lesterson bajó la voz para decir:

—Sin duda, el que se jugó la propiedad y la perdió fue el mismísimo Michael Crawell, el hombre de la foto.

—¿Y quiere decir que es el mismo que está en el cementerio?

—Sí, eso quiero decir —ratificó el abogado, y se escanció más whisky en el vaso para beber de él casi inmediatamente, como temeroso de que pudieran arrebatarle la bebida.

—¿Bromea?

—No, no bromeo. El hombre de la foto murió hace veinte años.

—Eso no es posible, nosotros lo hemos visto —puntualizó Ronald ya molesto.

—Ustedes vieron al zombi de Michael Crawell.

—¿El zombi de Michael Crawell, qué estupidez es ésa? —masculló Martin.

Helen intervino:

—Un zombi es un muerto viviente, ¿verdad?

—Exacto —aprobó el abogado—. Michael Crawell murió, pero un maldito brujo lo volvió a la vida convirtiéndolo en zombi. Se sabe que en alguna ocasión alguien le vio, pero estas cosas se comentan en voz muy baja. Todos temen a los zombis y mucho más a quien los crea.

—Esto es absurdo. El hombre que yo vi parecía idiotizado, cierto, pero estaba vivo.

—¿Está usted seguro de que estaba vivo? — insistió el abogado, dispuesto a hacerle rectificar.

—Sí, lo estoy, jugué con él a póquer.

—¿Lo vio a la luz del sol?

—No, lo vi en la taberna donde jugamos póquer, era de noche.

—Los zombis suelen aparecer de noche, aunque algunos aparecen también de día. Veo que no está enterado usted de lo que es un zombi.

—Un muerto viviente —repitió Helen como una niña que quiere destacar en la escuela respondiendo a la pregunta formulada por la maestra antes de que lo hagan sus compañeras.

—Yo no puedo creer en semejante tontería —gruñó Martin molesto.

—Usted jugó a póquer con un muerto viviente, amigo, será mejor que lo acepte pero no lo proclame. Ahora, verá si le conviene contratarme o no como abogado. Yo le propongo escriturar adecuadamente la propiedad y a partir de ahí, legal y jurídicamente será suya. Podrá venderla, subastarla, explotarla o pasársela a otro que no tema a los zombis.

—Entonces, ¿el tipo que trató de matarme era un zombi? —preguntó Helen.

—¿Un tipo trató de matarla? —repitió el abogado, interesado por lo que acababa de decir la mujer.

—Sí, con un machete. Salió de la espesura, era un mulato gigantesco. Yo disparé contra él y no se murió.

—No podía morirse porque ya era un muerto —sentenció el abogado.

—¡Yo me voy de aquí aunque tenga que olvidarme de los dólares que os he prestado!

—dijo Helen.

—Tranquila, Helen, todo esto sólo será una historieta para asustar a miedosos.

—Está bien, no me crea —dijo el abogado encogiéndose de hombros—. Le dejaré mi tarjeta, en ella está mi número de teléfono. Si me necesita, llámeme, pero aunque sea ir en contra de mis intereses, le diré que la maldición de Shadowy dice que sus propietarios y moradores serán convertidos en zombis y pasarán a ser esclavos del hungan. Yo, en su lugar, arrojaría al fuego esa

escritura a la que parece tener tanto aprecio y me alejaría de Casas Grandes.

Aquí nadie querría trabajar como peón en esas tierras húmedas y cenagosas con mucha niebla, porque dentro de esa niebla están los zombis y no se sabe ni cuántos son.

Dejó la tarjeta y se apartó de la mesa. Se tambaleaba un poco. Parecía patizambo, pero era el alcohol que envenenaba su sangre.

CAPÍTULO V

Tumbado en la cama, prendió un cigarrillo mientras sostenía el auricular del teléfono con la mano derecha.

—Sí, Katty, éste es un lugar especial, un lugar para echar raíces.

—¿Ya has tomado posesión de la plantación?

—Sí, ya soy el dueño, sólo faltan algunos trámites. Conseguiré que mi plantación sea la mejor de todas, claro que habrá que limpiar mucho, su anterior propietario la ha tenido descuidada durante demasiado tiempo.

Martin siguió hablando con entusiasmo, edificando castillos en el aire, castillos que Katty creía se cimentaban sobre la roca, como los grandes rascacielos de Manhattan.

Cuando colgó el teléfono, Martin acababa de decirle:

—Te amo, Katty, y no te vas a librar de mí.

Se levantó de la cama y notó el dolor de la herida de su pierna. Hizo unas flexiones lentas.

Tomó la chaqueta en su brazo y salió de la habitación.

Frente al pequeño hotel le aguardaban Ronald y Helen dentro del viejo "Ford" al que ya le había sido repuesto el cristal parabrisas roto.

—¿Listos? —preguntó Martin sentándose junto a Ronald que estaba al volante. Por la calle apenas circulaban coches con sus faros encendidos, era noche cerrada.

—Sí, llevo el pico, un cortafríos, una palanca, cuerdas y una palanca pata de cabra.

¿Habrá suficiente?

—Creo que sí —aceptó Martin.

Martin arrojó el cigarrillo ya consumido por la ventanilla. Mirando a Helen, le dijo:

—Puedes quedarte si quieres, nadie te obliga a participar en esta excursión nocturna.

—Es que si me quedo aquí, me voy a morir de asco, este pueblo no es precisamente divertido. Si ganas dinero, Martin, será mejor ir a gastarlo a otra parte. Por cierto, hablando de dinero, ¿cuándo pensáis devolverme mis ahorros?

—Por tus ahorros te daré el cien por cien de interés, encanto —le dijo Martin—. Yo soy más generoso que un Banco.

—Sería como dices si llego a cobrar. Por lo menos, en un Banco pagan, aunque sea con muy poco interés.

—Esta chica debería estar atendiendo siempre una caja registradora —opinó Ronald irónico—.

Ah, se me ha olvidado decirle que vamos al cementerio...

—¿Al cementerio? —casi gritó Helen.

—Arranca, cuanto antes terminemos con esta historia, mejor —pidió Martin a su amigo.

El viejo "Ford" roncó ruidosamente mientras se alejaba de la pequeña población.

Recorrieron el pésimo camino hasta el casi abandonado cementerio. Cuando detuvieron el coche frente a la verja, con los faro3 iluminando parte del interior del recinto, Helen saltó del coche decidida.

—Yo no me quedo sola aquí.

Conocían ya el emplazamiento de la turaba por haber estado antes allí. Sin llegar al plenilunio, la luna era hermosa y brillaba fría sobre el manto de terciopelo negro del cielo.

—Habrá que apartar la losa y pesa lo suyo.

Pusieron manos a la obra con intención de desplazar la losa y Helen terminó ayudando a Ronald. Martin actuó con la palanca hasta lograr desplazarla, dejando abierto el hueco de la fosa dentro de la cual estaba el ataúd.

—Ahí lo tenemos —dijo Martin, enfocando con la linterna.

—Yo me largo —dijo Helen, tragando saliva con dificultad— Hay diversiones que no me gustan.

—Pues vete —le dijo sencillamente Martin. La mujer se alejó sólo unos cuantos pasos y se detuvo, le pareció que estaría mejor

cerca de los dos hombres.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ronald.

—Pues, hay que bajar y abrir la tapa, verás cómo no hay muerto dentro.

—Martin, he visto muchos muertos en la guerra y he cargado algunos sobre mis hombros, pero esto es diferente. Según la lápida, hace veinte años que ese ataúd está ahí.

—Si es así, sólo encontraremos huesos. No te preocupes, ya bajaré yo.

Con su linterna y la palanca pie de cabra, Martin saltó al interior de la fosa. Cayó sobre el féretro que resonó bajo su peso. Se movió de forma que pudo ponerse a un lado para no tener que izar la caja al exterior y forzó la tapa haciendo saltar la cerradura.

La tapa gruñó al ser levantada.

Pese a los veinte años transcurridos, el féretro se conservaba muy bien. La luz de la linterna iluminó su contenido. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Martin y un hedor húmedo llenó sus fosas nasales.

—No es posible, no es posible —repitió.

Desde lo alto, Ronald exclamó:

—¡Si es el tipo que jugó póquer contigo!

Martin asió por las solapas la raída y vieja chaqueta que vestía el cadáver, la misma que llevaba en la partida de póquer.

—¿Cuándo has muerto, cuándo?

Aquel hombre yacía con los ojos abiertos y vidriosos, corrompiéndose ya, despidiendo un olor nauseabundo. Resultaba muy difícil determinar cuándo había sobrevenido su muerte.

—¡Maldita sea! —Martin cerró la tapa violentamente y pidió a Ronald—: Tírame la cuerda para ayudarme a subir. —Enseguida.

—¡Martin, sal de ahí corriendo! —apremió Helen—. Acuérdate de esa historia de los muertos vivientes, puede levantarse...

El ataúd crujió bajo los pies de Martin. Torpemente, Ronald le lanzó la cuerda que sujetó en parte con la losa. Martin la utilizó apenas para darse impulso y saltar hacia lo alto.

—No cabe duda, es él —gruñó Martin—, pero estaba vivo cuando jugó póquer conmigo.

—Estarán equivocados. Este tipo no murió hace veinte años, debió morir alguien que se le parecía y éste ha muerto

recientemente.

—Es una posibilidad eso que dices, pero todos están creídos que fue él quien murió hace veinte años. Lo dice el banquero, lo dice el abogado y lo dirán todos en Casas Grandes.

Helen también dio su opinión.

—Admito que no entiendo nada, siempre he sido un poco tonta, pero si este hombre que jugó póquer contigo se ha muerto ahora y antes enterraron a otro en su lugar, ¿dónde están los restos del anterior, del que podía parecerse a él?

—Para ser tontita, no razonas nada mal — opinó Martin—. Es cierto, aquí tendrían que estar los restos del tipo que enterraron hace veinte años. Además, si este hombre ha muerto ahora, ¿quién lo ha sepultado aquí, quién ha cerrado el ataúd y ha colocado la lápida?

Ronald miró a su amigo muy inquisitivo mientras le preguntaba:

—¿De veras quieres encontrar respuesta a todas esas preguntas?

CAPÍTULO VI

Cuando el "Ford” arribó frente al hotel, Martin apagó las luces y los tres salieron del vehículo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Ronald.

—Lo mejor será que el picapleitos legalice el registro de la propiedad a mí nombre, sin levantar polvareda como él recomendó. Si aparece alguien alegando que quien me entregó esa escritura hace veinte años que está muerto, no será válida.

Entraron en el hotel. La luz del vestíbulo se encendió y ante ellos destacó un tipo alto y fornido, con sombrero impecable y una brillante placa en el pecho.

—Buenas noches. Le estaba esperando, soy el comisario Ferguson.

—Muy bien, comisario —replicó Martin sin dejarse intimidar por su presencia—. ¿Acaso está prohibido dar un paseo nocturno en esta población?

—No, que yo sepa, pero habrán de acompañarme a comisaría, hay unas preguntas que hacer y seguro que ustedes tendrán las respuestas,

—¿Y si no quiero acompañarle? —gruñó Martin algo agresivo.

—Entonces, me veré obligado a arrestarle por resistencia a la autoridad y obstrucción a la justicia.

—¿Obstrucción a la justicia? —siguió preguntando Martin.

—Sí, en un caso de asesinato. Será mejor que me acompañen, mi ayudante espera afuera con un coche.

Helen protestó:

—Yo no quiero ir. Entrar en una comisaría siempre trae malas

consecuencias, termina una entre rejas.

—Pues no venga —le dijo el comisario Ferguson conciliador—. Después de todo, a usted no se la reclama. En caso de ser necesario su interrogatorio, pasaríamos a buscarla por la mañana.

—Ah, qué bien, así dormiré tranquila.

—Y si viene a buscarla a ella por la mañana, ¿por qué no a nosotros también? —preguntó Ronald receloso.

—Ustedes, no, pero no teman, regresarán enseguida. El fiscal desea hacerles unas preguntas, eso es todo.

De mala gana, dejando a Helen en el hotel, salieron a la calle. El coche policial se había colocado ya frente al hotel, con las luces encendidas.

Fueron conducidos a la comisaría que no quedaba lejos.

El recinto no estaba mal, se veía bastante limpio y tenía luz suficiente para no parecer lóbrego. A Martin no le gustó ver como el ayudante del comisario abría dos celdas.

—¿No ha dicho que sólo se trata de unas preguntas?

—Es que no tenemos sala de espera, será mejor que pase cada uno a una celda.

Martin hubiera deseado salir corriendo de allí, pero aquello habría dado motivo al comisario para dispararle por la espalda y si huían ¿adónde iban a dirigirse?

Una pared separó a los dos amigos. Luego, las puertas enrejadas que sólo les permitían ver un muro.

—Eh, comisario, ha dicho que ha habido un asesinato… ¿Y quién es el muerto?

—El abogado Lesterson.

Martin y Ronald quedaron muy impresionados ante aquella noticia. Luego, la puerta que separaba la oficina de las celdas se cerró, dejándoles aislados.

—No me gusta esto, Martin —dijo Ronald a través de las rejas, sin poder ver a su amigo, pero seguro de que le escuchaba.

—Ni a mí. Tengo la sensación de haber caído en una trampa estúpida.

—¿Y cómo saldremos de ella?

—No lo sé, pero empiezo a lamentar haber ganado al póquer la plantación de Shadowy.

—Sólo faltaba el asesinato del picapleitos.

—No te calientes más la cabeza, Ronald, espera a que te llamen para el interrogatorio y no digas nada de donde hemos estado esta noche.

Si no nos acusan de asesinato, podrían acusarnos de profanadores de tumbas.

Se tumbó en el catre. Movió la espartana almohada y dejó descansar la nuca sobre las palmas de sus manos cruzadas. Su actitud era pensativa. Trataba de hallar una explicación lógica a todo lo que ocurría. Pasaron los minutos, luego las horas sin que llegara quien había de interrogarles.

Pudo oír los ronquidos de Ronald, vencido por el sueño pese a los problemas en que se hallaba inmerso. Quizás fuera un comportamiento adquirido en la gran guerra. Aunque cayeran obuses, había que dormir; de no hacerlo, la muerte habría llegado por la falta de horas dormidas.

Era casi la amanecida y sentía dolor en los huesos, especialmente en la pierna herida, cuando reapareció el comisario.

Abrió su celda y le pidió:

—Arriba. El fiscal quiere interrogarle.

—Está bien, acabemos de una condenada vez.

Salió de la celda. Miró hacia Ronald y le vio durmiendo en el catre.

—A él lo interrogarán después.

Martin se dejó conducir a una habitación en la que había un foco luminoso que le dio en la cara haciéndole achicar las pupilas y que le molestó dolorosamente.

—¿Es necesario esto? No soy ningún criminal.

El individuo que estaba al otro lado de la mesa y al que no alcanzaba a ver bien, era extraordinariamente alto y delgado, con abundante cabello blanquecino.

—El comisario ha comprobado su identidad y todo está correcto.

—¿Puedo irme ya?

—No tiene gracia —le replicó el fiscal—. ¿De qué conocía al abogado Lesterson?

—De nada.

—Extraño, les han visto juntos en el bar.

—El se acercó a mí mesa para ofrecerme sus servicios como picapleitos.

—¿De qué más hablaron?

—De nada más. Tengo que registrar una escritura y él, por un buen precio, pretendía hacerme ese trabajo.

—¿Quedaron de acuerdo en el trato?

—No.

—¿Por qué?

—Bueno, quizás yo quería ahorrarme unos dólares. No ando con mucha liquidez estos días.

¿Cuándo le ha vuelto a ver?

—No lo he vuelto a ver.

—¿Ah, no? ¿Dónde han estado antes de regresar al hotel?

—Dando una vuelta. No conocemos este lugar y cómo puede que llegue a ser vecino de aquí, quería conocer el terreno. Por cierto, ¿de qué ha muerto el abogado?

—No lo sabemos aún, el médico forense lo está averiguando ahora.

—¿Quiere decir que le están haciendo la autopsia?

—Soy yo quien interroga, no usted —le corrigió el fiscal cuya voz sonaba terriblemente grave.

—Si buscan a un asesino, es que ha habido un crimen...

—Todavía no estamos seguros de ello, este interrogatorio es mera rutina preventiva, pero sepa que no hay cargos contra usted.

—¿Y contra mi amigo?

—¿Acaso tendría que haberlos?

—En absoluto, él ha estado conmigo todo el tiempo. Ahora, ya que no soy presunto culpable de nada, quíteme esa luz.

No esperó a que fuera retirada, la apartó él de un manotazo que por muy poco no arrojó la lámpara al suelo.

—Es usted algo violento y eso puede traerle problemas.

Martin pudo ver bien a aquel hombre por primera vez.

Su rostro le pareció aún más alargado y su boca, de comisuras caídas, era de labios finísimos. Su nariz era grande y ganchuda, pero lo que transpiraba malignidad eran sus ojos. Parecían sucios por alguna enfermedad hepática y sus pupilas semejaban perderse más lejos de la pared que estaba detrás de Martin.

Aquel hombre no parecía humano y si lo era, debía desconocer el sentimiento de la piedad. Sus decisiones debían ser irrevocables y por su aspecto, sería temido por quienes le conocieran o

simplemente le vieran por primera vez.

En cuanto a su actuación como fiscal, debía ser dura e implacable, aunque Martin todavía desconocía esa faceta del siniestro personaje.

—Y ahora, ¿puede saberse qué ha ocurrido con el abogado Lesterson? —inquirió Martin, dándole a entender que no le tenía miedo, actitud a la que no debía estar acostumbrado aquel hombre, ante cuya presencia todos debían temblar.

—Ha sido hallado muerto en la calle, eso es todo lo que usted puede saber. No debe abandonar la ciudad hasta que este asunto quede aclarado, aunque, entre nosotros, podría sugerirle que se fuera cuanto antes.

—Se contradice usted, fiscal.

—¡Márchese! —ordenó ahora tajante.

Martin sacó el último cigarrillo de la cajetilla. Arrugó ésta, la dejó sobre la mesa y raspó una cerilla para encender el pitillo.

Después de la fuerte chupada y de expulsar el humo con seguridad, dijo:

—No me dan miedo los problemas. Alguien está jugando sucio y terminará lamentándolo.

Salió de la comisaría. Anduvo hacia el hotel mientras el día nacía. Fue una línea gris oscura, luego clara, por el horizonte del Este. El cielo se fue pintando de azul claro sobre el manto estrellado de la noche.

No vio al hotelero y supuso que estaría durmiendo. Tomó la llave de su alcoba y subió a ella.

Había estado largas horas tendido en un catre, pero sentía una necesidad imperiosa de descansar.

"Sólo falta que mi coche se lo haya llevado el comisario para ponerme una multa".

No se durmió, tampoco tuvo deseos de hacerlo. Dedujo que Helen dormía profundamente y no quiso molestarla.

Casi dos horas más tarde, cuando todavía era temprano para la forma de vida que solía llevar, apareció Ronald en la puerta del cuarto. Tenía los ojos enrojecidos y un aspecto muy preocupado.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Martin sin levantarse de la cama.

—¿Te has fijado en la cara del fiscal?

—Sí, es un tipo ideal para encontrárselo en un caserón abandonado o en un cementerio.

—¿Es que en este condenado pueblo todos han de parecer muertos o tipos diabólicos?

—Hacían falta un par de guapos y hemos llegado nosotros, creo que no nos lo van a tolerar.

¿Qué le has dicho?

—Nada, ¿qué podía decirle? ¿Qué sabemos nosotros de la muerte del picapleitos?

—Nada, eso es, nada.

—Pero, ¿cómo ha muerto?

—Dice que lo han encontrado en la calle y que le estaban haciendo la autopsia.

—¿Crees que nos van a colgar el muerto a nosotros?

—No, no lo creo, pero habrá que andarse con cuidado. Tengo la impresión de que no hemos sido bien recibidos.

—¿Por qué no olvidas esa dichosa plantación y nos largamos de aquí?

—No, pienso llegar hasta el final, es lo único que tengo aparte de la paga del gobierno por herido de guerra. Si esa plantación vale algo, yo se lo sacaré. En cuanto al picapleitos, puede que se haya muerto de una borrachera. Por cierto, tienes los ojos muy enrojecidos.

—Es de pasar una mala noche en la comisaría.

—Pues yo te he oído roncar.

—Vete al diablo. Voy a ver a Helen, luego iré a tomar un trago, lo necesito.

—Mejor tómate un vaso de leche caliente.

Ronald no tardó en regresar a la habitación de Martin donde éste ni siquiera trataba de con ciliar el sueño, tumbado en la cama y sin quitarse la ropa.

—¿Dónde está Helen?

—Pues, ¿dónde va a estar? En su habitación.

—Allí no está.

—Habrá salido a desayunar, con las mujeres nunca se sabe.

—La cama está sin deshacer y a esta hora no creo que haya pasado el servicio para hacer la cama.

Martin frunció el ceño.

—Oye, ¿qué sabes del coche?

—Que no está abajo. He pensado que debías haberlo metido en algún garaje.

—Pues no, no lo he visto.

—¿Crees que Helen se lo ha llevado?

—Creo que no es buena conductora y además le debemos dinero, ¿no?

—No es capaz de habérselo llevado, ella no haría una cosa así.

—Pues, habrá que esperar a que regrese o tendremos que ir buscándonos otro coche. La ver dad, Ronald, creí que la tenías más enamorada.

¿Enamorada? La traemos aquí donde un tipo extraño la quiere matar a machetazos, le quitamos sus ahorros porque estamos sin blanca y encima nos llevan a la comisaría acusados de asesinato... ¿Qué podía hacer ella? Pues, largarse.

—De todos modos, me parece muy extraño. Yo tampoco creo que Helen haya hecho eso sin dejar una nota de despedida.

—¿Qué hacemos ahora?

—Si tuviera el coche, habría ido a dar una vuelta por la plantación mientras aquí se sosiegan las cosas. No me gusta que el picapleitos se haya muerto.

—Podríamos ir a algún garaje para que nos prestaran un coche.

—No está mal. ¿Puedes ocuparte de ello?

—¿Yo? ¿No dices que el dueño de la plantación eres tú?

—Sí, y te nombro capataz. No pensarás que el amo es el que tiene que ir por ahí pidiendo prestado un coche, ¿verdad?

—Si no fueras mi mejor amigo, creería que me estás tomando el pelo. Creí que era tu socio y lo que haces es darme empleo de capataz en una plantación en la que no hay más que maleza.

—Algún día producirá y mucho, y entonces te alegrarás de que te haya propuesto para capataz, porque pienso darte beneficios.

—Estoy contigo pero no me hago ilusiones, dejé de hacérmelas cuando estaba en Europa en la gran guerra. Allí siempre nos prometían cosas y sólo recibí heridas, pasé hambre y frío y tuve suerte de salir vivo, o quizás no, quizás hubiera sido mejor caer muerto.

—¿Muerto?

—Sí. No veo futuro, no veo por qué luchamos al otro lado del

océano. En la guerra siempre te dicen que luchas por los ideales, por la patria, por la bandera… ¿Qué importa todo eso si luego, cuando acaba la guerra, te dejan en la estacada? Los que regresaron antes o los que no fueron a la guerra se quedaron aquí con la mejor tajada del pastel americano; en cambio, los que llegamos al final, con heridas o mutilados…

—Por todos los diablos, Ronald ¿y qué esperabas? Lo que no saques por ti mismo, no te lo va a dar nadie. Ahora, hay que hacer algo práctico. Mientras aquí resuelven el asunto de la muerte del picapleitos, iremos de nuevo a la plantación.

CAPÍTULO VII

La furgoneta no era gran cosa, avanzaba dando tumbos pero rodaba. Ronald trataba de pilotarla lo mejor que podía, porque el vehículo parecía encabritársele.

—¿Cómo la has conseguido?

Ronald se volvió hacia Martin, sonrió y dijo:

—A la carta más alta.

—¿Y qué has jugado tú contra este trasto?

—Tu coche, como me lo jugué con el mecánico que le arregló el cristal parabrisas. Ha creído que todavía lo teníamos, no sabe que se lo ha llevado Helen. Le he dicho que nos hacía falta una furgoneta y como ya le había echado el ojo antes, el tipo ha picado.

—Parece que las cartas son nuestras aliadas, lo que lamento es no tener algunos dólares para proveernos de armas. Helen se ha llevado el revólver en el coche.

—Cuando volvamos a cobrar la paga del Tío Sam que nos corresponde por idiotas, podremos comprar algunas armas —se rió Ronald.

—Oye, ¿y por casualidad no le habrás ganado también una botella de whisky?

Ronald continuó riendo, ya no parecía desmoralizado, pero al entrar en las tierras de Shadowy, su sonrisa se fue enfriando. La niebla se espesaba y tuvo que encender las luces del vehículo.

—No te salgas del camino. Ya sabes que hay muchas ciénagas y no quiero morir ahogado en el barro.

—Oye, Martin, ¿de veras esto es una plantación o un maldito pantano?

—Me han dicho que era una plantación y me lo he creído. Quizá sea también un pantano y parte de él haya sido desecado, eso se hace para poder sembrar; pero si está descuidado, si se deja que las aguas de las lluvias lo invadan todo y no se sigue desecando, el pantano termina siendo como antes.

—Me temo que nos estamos haciendo demasiadas ilusiones con este lugar. Fíjate, casi no se ve nada. La niebla se embolsa aquí y quizás no sea de los días peores.

—No seas aguafiestas. Si lo desecamos, se irá la niebla y sobre estas tierras lucirá el sol.

—Tienes mucha moral, Martin, espero que al final tengas razón. Más se perdió en la guerra, aquí sólo perderemos un tiempo de nuestras vidas.

La niebla comenzó a deshilacharse cuando llegaban a la casa que había en la plantación.

Parecía expresamente levantada en un lugar privilegiado de aquellas tierras donde la niebla prefería retirarse y dejar paso al sol.

—¡Eh, mira el coche! —exclamó Ronald deteniendo la furgoneta.

—Sí, ya lo veo, y me cuesta creer que Helen haya venido sola hasta aquí.

—¿Qué piensas?

—No lo sé, pero me huele mal.

Se apearon de la furgoneta y Martin se acercó rápida pero cautelosamente al viejo "Ford", como si temiera caer en alguna trampa que estuviera aguardándole.

—Helen no está aquí.

—¿Dónde estará la condenada?

—Ni idea, pero aquí no está y no parece que haya signos de violencia.

Quizás esté dentro de la casa. —Se volvió hacia el viejo caserón y comenzó a gritar—: ¡Helen, Helen, Helen!

Registraron la casa inútilmente. Martin miró en derredor con recelo. Una densa vegetación rodeaba la casa levantada en aquel claro respetado por la niebla.

—Quizás se haya internado en la plantación.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirió Ronald—. Helen no es una aventurera.

—Puede habérsela llevado alguien.

—¿Alguien, quién?

—No lo sé, tendríamos que averiguarlo. Después de todo, estoy en mi plantación y tengo derecho a saber quiénes son los intrusos.

—No pretenderás que nos adentremos en esa selva pantanosa, ¿verdad?

—Esto no es la selva amazónica, es una plantación y tiene unos límites. Un pantano que a lo sumo tendrá unas cuantas millas no es para asustarse.

—¿Y si nos metemos en una ciénaga movediza?

—No creo que nos ocurra eso, sólo hay que vigilar donde metemos los pies. Vamos, estoy seguro de que Helen estará por ahí dentro,

—¿Por ahí dentro? Eso es fácil de decir, pero ¿por dónde? —Miraremos por allí, —Señaló un camino entre la maleza, —Esté bien, vamos, pero esto cada vez me gusta menos.

Se internaron entre la maleza donde abundaban los cañaverales, más pronto dejó de ser espesa. El camino que habían tomado parecía tener un sentido. En ocasiones, aparecía totalmente encharcado a ambos lados y los árboles surgían entre el agua de forma fantasmal.

—¿De veras crees que esto se puede convertir en una plantación productiva? —seguía preguntando Ronald en voz alta.

—Algún día pudo serlo. Quizás existía un dique de contención en algún río próximo que se rompió y las aguas invadieron estas tierras. Desgraciadamente, el tipo que las perdió en la mesa de póquer no pudo contárnoslo.

—Y la gente del pueblo no quiere ni oír hablar de este lugar, es como si estuviera maldito.

—Quizás lo esté, Ronald.

—No bromees, cuida.

—Mira, allí delante parece haber una gran cabaña...

Avanzaron más aprisa y, efectivamente, se encontraron ante una gran cabaña hecha con troncos y techo de cañizo y barro. No se podía descubrir hasta que prácticamente se estaba encima.

—Esta cabaña pudo ser para los jornaleros de la plantación —aventuró Martin.

—Parece que no hay nadie dentro.

—Como la plantación es grande, es posible que haya otras cabañas como ésta. Podían brindar cobijo cuando el sol apretaba o en caso de lluvia torrencial.

—La verdad, Martin, esto no me gusta. Si aparece el mulato del machete, ¿qué haremos?

—No tenemos armas. Habré que buscar algo para defendernos si aparece, quizás ahí dentro encontremos algo.

Subieron los peldaños de madera que daban acceso a la cabaña, sustentada sobre pilares de troncos, posiblemente para que quedara fuera del alcance de las aguas en las épocas en que todo aquel lugar se encharcaba por las lluvias.

Dentro de la cabaña había muy poca luz, sólo la que entraba por dos ventanucos altos situados en paredes opuestas.

La cabaña era más sólida de lo que podía apreciarse a simple vista desde el exterior.

Unas vigas de madera la cruzaban sujetando las paredes y la techumbre.

Frente a la puerta, sin que hubiera sillas u otros muebles por el medio, destacaba una mesa rústica y sobre ésta, una calavera humana, un grueso libro de tapas negras y una vela roja apagada. Delante, en la pared, colgaba un extraño dibujo que parecía parte de un ritual.

—¿Te has fijado en esto, Martin?

—Sí, parece un altar o mesa de ceremonias. ¿Se reunirá aquí alguna secta extraña o diabólica?

—Eso podría justificar la cara de zombi del tipo que perdió la plantación, también la presencia del mulato con el machete.

La luz del interior de la cabaña cambió. Se volvieron hacia la puerta por la que alguien acababa de entrar sigilosamente, sin hacer ruido alguno.

—¡El mulato del machete!

Aquel sujeto tenía la mirada perdida. Era alto, fuerte, iba con el torso desnudo y pantalones hasta las rodillas, raídos y sucios. En su mano portaba el afilado y letal machete.

—Será mejor no llevarle la contraria, vamos desarmados.

El mulato avanzó hacia ellos despacio, casi torpemente, pero tras él entraron otros seres también armados con machetes. Había negros y blancos, pero todos tenían en común una mirada vidriosa,

los ojos muy abiertos y el caminar torpe y lento como si avanzasen sobre un espeso barro que les impidiera andar.

Aquellos seres armados con los afilados machetes de cortar caña les cerraron toda posibilidad de escape.

—Martin, vienen a por nosotros. ¿Qué hacemos?

—Creo que será mejor dialogar con ellos.

—¿Y estos tipos hablan? Si parecen muertos vivientes...

Fueron retrocediendo hasta que quedaron acorralados en un ángulo de la cabaña, con los amenazadores machetes frente a ellos.

Con voz grave y estropajosa, el mulato dijo:

—El que intente escapar, será decapitado.

CAPÍTULO VIII

Pasaron unas horas que se les antojaron interminables. Martin y Ronald permanecían fuertemente atados con cuerdas a sendas argollas que había en las paredes de troncos de la cabaña. Estaban frente a frente y por toda compañía tenían la calavera junto a la vela que había sobre la mesa, el único mueble de la cabaña.

—¿Qué crees que nos harán? —preguntó Ronald.

—De habernos querido asesinar, ya podían haberlo hecho, quizás esperen las órdenes de su jefe, porque aquí debe haber un jefe, no me cabe duda.

—¿Y quién puede ser su jefe?

—No lo sé, pero una especie de brujo encajaría bien aquí.

—¿Crees que esos tipos del machete practican el vudú?

—No sé lo que practican, lo que sí sé es que apestan a muerto.

—Me temo que éste es el peor negocio de tu vida, Martin. Pasamos de la cárcel con posible acusación de asesinato a convertirnos en prisioneros de una secta satánica.

—Me parece que por afuera están haciendo algo— ¿Puedes verlo?

Ronald estiró su cuerpo y su cabeza todo lo que pudo para proyectar su mirada hacia el exterior a través de la puerta.

—Parece que están cavando algo en el suelo.

—Entonces es que están cavando nuestras fosas.

—No bromees.

—Si no bromeo… Por lo menos me enterrarán en tierra de mi propiedad.

—¿Por qué habrían de querer asesinarnos y enterrarnos

después?

—No lo sé, espero que alguien venga y nos lo explique.

Se hizo de noche y nadie apareció por la cabaña. Comenzó un nuevo día, un día caluroso, y el calor se agudizó dentro de la cabaña.

—¿Qué pasa, Martin, por qué no vienen a por nosotros?

—Porque al parecer no tienen prisa.

—Esto es horrible, me he meado encima...

—¿Y qué vas a hacer, sino te dejan ir al retrete?

—Tengo hambre.

—Sí y sed. Estoy como tú, Ronald, pero las ligaduras son demasiado sólidas. Yo ya tengo las manos dormidas. Como esto continúe, será mejor que me muera, porque si sigo vivo, van a tener que amputarme las manos por gangrena.

—¡Maldita sea! —Ronald, ya fuera de sí, gritó—: ¡Hijos de perra, hijos de perra, venid aquí! ¡Helen, Helen!

Martin le dejó que se desahogara a gritos hasta que quedó ronco y totalmente rendido. Su rostro estaba desencajado.

—Martin, nos van a dejar morir de hambre y de sed. Van a dejar que nos convirtamos en esqueletos que nos pudramos bien amarrados a estas argollas.

—Alguien tiene que venir, sólo hay que resistir, aunque el calor es infernal, un calor húmedo, estoy sudando como un condenado.

—¿Y qué somos, sino condenados? —le dijo Ronald ya apenas sin voz.

La llegada de la tarde les fue liberando de aquel calor asfixiante que les ahogaba. Llegó la noche y escucharon a los pájaros nocturnos, el croar de lo que parecían millones de remas.

El silencio de la noche estaba lleno de sonidos que allí podían ser milenarios, iguales un día y otro.

Ronald, agotado, terminó durmiéndose. Hubiera podido dormirse encima de una rama, como si fuera un pájaro.

Pese a la incomodidad y a no sentir ya sus manos, Martin captó unos ruidos que le alertaron. Alguien subía los peldaños de madera y se internaba en la cabaña.

Martin, inmerso en la oscuridad, no pudo verle, pero sí sintió que pasaba por delante de él, como el viento filtrándose entre los árboles. Como si se tratara de una serpiente, notó el crujido de las

tablas. Si él no le veía, el personaje que acababa de entrar en la cabaña tampoco podía verle a él.

Martin estaba seguro de que no se trataba de uno de aquellos zombis que había visto empuñando machetes y con las miradas perdidas, vidriosas. Aquel personaje caminaba muy seguro de sí.

Al fin, se detuvo. Raspó un fósforo y aplicó la llama a la mecha de la vela que había sobre la mesa, junto a la calavera humana.

Una vela encendida no iluminaba demasiado, pero para quienes ya hacía horas que se hallaban en la oscuridad, aquella luz resultaba viva e intensa.

Martin pudo ver entonces al personaje. Era alto y muy delgado, vestía una larga capa de leopardo. Llevaba guantes blancos, pulseras en las muñecas y una máscara diabólica cubría su rostro. Era una máscara negra, con pinturas de colores que la convertían en algo horripilante. De lo alto de la máscara que ocultaba el verdadero rostro de aquel ser, sobresalían dos largos y afilados cuernos de madera.

—¿Quién eres? ¡Maldita sea, suéltanos ya!

Aquella especie de brujo que permanecía detrás de la mesa en la que continuaba la calavera y la vela encendida, comenzó a hablar con palabras que Martin no entendía.

Sacó un sonajero africano hecho con madera y piel de serpiente y comenzó a agitarlo de modo que producía un monótono sonido que esparcía en todas direcciones. Martin no sabía si estaba purificando el ambiente a su manera o lo estaba maldiciendo, porque bien podía ser un acólito de Satán.

—Vas a tener que explicarme qué haces en esta plantación que es mía —le dijo Martin en tono agresivo, dándole a entender que pese a la apurada situación en que se hallaba, no se sentía intimidado ni vencido.

—¡Martin! —gritó de pronto Ronald que acababa de despertar, descubriendo al brujo de la capa de piel de leopardo y la desasosegante máscara cornuda que le cubría el rostro.

—Tranquilo, Ronald, sólo es un fantasmón que se las quiere dar de gracioso para asustarnos un poco.

El brujo, con voz extraña, chirriante a veces, chillona otras, grave y lúgubre las más, con un acento gangoso propio de los negros caribeños, comenzó a decirles:

—Morir y descansar para siempre, es bueno. Morir y ser convertido en zombi para ser esclavo, no es un premio sino el peor de los castigos. Muchos creen que la miseria, la degradación, la tortura hasta la muerte, es lo peor que puede sucederles, pero se equivocan. Lo peor es ser reducidos a zombis, esclavos después de la muerte, porque ya no mueren y carecen de voluntad, sólo obedecen a su amo.

—¿Y tú eres un convertidor de vivos en zombis?

—Sí, ese es mi poder.

—¿Y qué diablos haces en esta plantación? —inquirió Martin, dispuesto a no darse por vencido pese a su delicada situación.

—Éste es mi territorio y son muchos los que lo saben, por ello no se acercan a Shadowy. Las nieblas son mis aliadas.

—Cuando deseque el pantano, ya no habrá más nieblas aquí, todo será limpio y lo llenaré de campos de maíz —aseguró Martin tratando de ser convincente.

—Yo no creo en nada de lo que dices. No sé quién eres ni lo que te propones, sólo veo que te has rodeado de fanáticos idiotas que llevan armas, pero esto se va a terminar cuando la policía entre en esta plantación y la limpie.

—Eres un incrédulo, pero yo no tengo por qué demostrarte nada. Soy temido y eso es suficiente, y tú me temerás lo mismo que los demás.

—Nunca, lo único que puedes hacer es asesinarme.

—No lo provoques, Martin, no lo provoques —suplicó Ronald, asustado ante aquel brujo que le parecía extraordinariamente alto y que a la luz de la vela le causaba un miedo que ya se le había metido en el cuerpo. La situación de absoluta indefensión en que se hallaba contribuía a que el miedo clavara sus garras duras y agudas en sus carnes.

El brujo lanzó un grito ululante y agitó su maldito sonajero. Otro ser entraba en aquel momento en la cabaña, alguien que avanzaba lentamente y con torpeza, vacilante.

—¡Helen! —gritó Ronald al reconocerla.

—Helen —gruñó Martin para sí.

Era ella, pero no lo parecía. Su mirada era vacua, perdida. Sus ojos vidriosos sólo se fijaban en el brujo. Toda ella iba sucia de barro desde los cabellos hasta los pies descalzos.

—¿Qué le ha hecho? —gritó Ronald fuera de sí.

Helen, obediente a un poder que estaba muy por encima de ella, no se detuvo hasta llegar frente a la mesa tras la cual estaba el brujo.

Se arrodilló primero y después inclinó su cuerpo hacia delante hasta tocar el suelo con la cabeza, demostrando así su total sumisión al siniestro hungan.

—¡Helen, Helen, rebélate! —gritó Ronald.

La mujer no hizo ningún caso a su amigo, a su amado. Sucia de barro, sólo parecía esperar órdenes del brujo.

—Levántate —ordenó el ser de la máscara.

Helen se puso en pie. Era ella, pero ni Roland ni a Martin les parecía la misma persona. Había cambiado y tampoco la luz de la vela era la más idónea para escrutarla hasta el último detalle. No podían aceptar que estuviera verdaderamente muerta y viva al mismo tiempo.

Del interior de su capa de leopardo, con la mano enguantada en blanco, el brujo sacó una daga que destelló a la luz de la vela por lo bruñida que estaba.

—Helen, eres mi esclava más allá de la muerte. Obedecerás mis órdenes, soy tu amo para siempre —hablaba con la voz extraña, aguda a veces, chirriante otras. Era una voz irregular e inquietante, la voz de alguien que no parecía humano—. Toma mi daga.

Ante los ojos atónitos de Martin y Ronald, Helen obedeció tomando la afilada daga por la empuñadura.

—Ahora ve hacia el hombre que conoces por el nombre de Ronald. Yo, tu amo, te lo ordeno.

Helen hizo torpes movimientos de cabeza como de asentimiento, pero eran movimientos burdos más propios de un subnormal.

Dio la vuelta, dando la espalda al brujo, y dirigió la mirada de sus ojos casi desorbitados y a la vez vidriosos hacia Martin.

—¡Despierta, no le hagas caso, ahora estás tú armada! —le gritó Martin.

Helen no reaccionaba ante las palabras de quienes habían sido sus amigos y el brujo reía con sorna tras su máscara, seguro de ser el vencedor. Helen estaba totalmente sometida a su voluntad.

La mujer avanzó hasta llegar a la altura de los dos hombres. Dejó de mirar a Martin y volvió sus ojos hacia Ronald.

—¡Helen, recuérdame, recuérdame, soy Ronald, estás hipnotizada, sólo es eso, estás hipnotizada!

Helen trató de decir algo, pero sólo fueron balbuceos gangosos e ininteligibles. Dio tres pasos y quedó muy cerca de Ronald, el cual seguía bien amarrado a las argollas que salían de las paredes de madera.

—¡Mátalo! —ordenó el brujo—. ¡Mátalo y luego lo enterraremos! Cuando pasen las horas, lo desenterraremos y le daremos la vida de zombi. Será mi esclavo como tú, mi esclavo más allá de la muerte.

Helen no tuvo dudas al levantar la daga de abajo arriba, empuñándola con fuerza y decisión. El puntiagudo y afilado acero se hundió en el abdomen de Ronald en oblicuo, de abajo arriba, buscando el corazón por debajo de las costillas.

Sorprendido por lo que le parecía imposible, Ronald abrió mucho los ojos. Se quedó quieto, como si la daga no se introdujera en su cuerpo traspasando sus vísceras en busca del corazón, como si la víctima de aquel asesinato ritual no fuera él sino otra persona.

Aquella paradójica situación de estupor duró poco, muy poco. Su mente era cosa distinta de su cuerpo, agredido mortalmente por la mujer que había amado.

Tensó todo su cuerpo y lanzó un grito de dolor, desesperación y muerte que debió traspasar las paredes de la cabaña y expandirse entre los cañaverales y el denso follaje de los árboles del pantano que alguien había tratado de convertir en plantación.

—¡Helen, despierta! ¿Qué has hecho? —le increpó Martin.

La mujer seguía balbuceando algo que no podía entenderse.

—Tráeme la daga —le ordenó el brujo con su chirriante y variable voz.

Helen aferró de nuevo la empuñadura y sacó el puñal del cuerpo de Ronald que quedó colgado sin vida de las argollas mientras la sangre escapaba por la herida de su abdomen.

Con el acero manchado de sangre, Helen regresó frente a la mesa sobre la que estaba la calavera y la vela encendida y aguardó.

—Limpia la daga con tus ropas —ordenó el hungan.

Helen obedeció sumisa una vez más. Limpió el acero con sus ropas ya sucias y devolvió la daga a quien evidentemente era su dueño.

El brujo se guardó la daga dentro de su capa de leopardo y ordenó a Helen:

—Sal afuera y reúnete con los demás zombis de Shadowy.

La mujer tornó a asentir con la cabeza y se alejó hacia la puerta saliendo de la cabaña.

Martin miró interrogante al brujo cuyos ojos apenas podían verse tras los agujeros de la máscara.

—¿Qué has conseguido con esto, hijo de perra? —bramó Martin.

—Un zombi más entre mis esclavos —le replicó sin ira. Nada de cuanto pudiera oír iba a afectarle lo más mínimo. Rodeó la mesa que hacía las veces de altar y pasó entre el cadáver de Ronald y Martin, que todavía ignoraba cuál iba a ser su suerte. Sin decirle nada, salió de la cabaña.

Al poco, entraron cuatro hombres, si es que! así podía llamárseles, pues eran otros tantos zombis. Dos de ellos eran negros, uno mulato y el cuarto, blanco. Iban armados con machetes. Cortaron las ligaduras que sujetaban el cadáver de Ronald y se lo llevaron arrastrándolo por el suelo, dejando tras de sí un reguero de sangre todavía caliente.

Desde el interior de la cabaña, Martin pudo oír las paladas de tierra. Estaban sepultando el cuerpo de Ronald. Había que enterrarlo, aquel acto formaba parte del macabro ritual que acabaría convirtiéndolo en zombi.

Martin, a solas en la cabaña y mientras la vela roja se agotaba junto a la calavera humana que semejaba sonreírle siniestra, reaccionó con rabia.

En anteriores esfuerzos le había parecido que ya había hecho lo sobrehumano para escapar de las argollas a las que estaba atado, pero sus fuerzas aumentaron con la desesperación. Ahora ya sabía que su muerte era segura si se quedaba allí quieto para recibirla.

Forcejeó con una mano primero, luego con la otra. No sentía los dedos, pero sus muñecas 3e movían en todas direcciones tratando de escapar a las ligaduras.

La piel de las muñecas se le segó y notó la quemadura de las cuerdas, pero no fue suficiente para que se detuviera en sus esfuerzos.

De pronto, notó una cierta flojedad en las ligaduras de su mano izquierda y se concentró en ella hasta que pudo escurrir la mano y

liberarse de las cuerdas. Comenzó a hacer movimientos para que los dedos despertaran apoyando la mano contra su pecho y cuando comenzó a sentir un ligero hormigueo, se alegró.

Cuando los dedos comenzaron a obedecer las órdenes de su cerebro, a cumplir sus deseos, se quitó las ligaduras de la otra mano y entonces no esperó a que los dedos también se recuperaran.

Escapó hacia la puerta sorteando la sangre dejada por el cadáver de su amigo.

Cuando asomó al exterior, ya no vio a nadie.

La luz de la luna dejaba ver una fosa recién abierta y una tumba terminada. No cabía duda, dentro de la sepultura estaba ya el cadáver de Ronald y la fosa abierta le esperaba a él.

—Tengo que huir de aquí antes de que ese maldito brujo me haga asesinar por uno de sus zombis...

Ya no tenía duda alguna sobre la existencia de los muertos vivientes. Los había visto y Helen era el máximo exponente. Ella, que había estado enamorada de Ronald, había hundido una daga en el cuerpo del hombre porque se lo había ordenado el hungan.

Se internó entre la densa vegetación buscando la casa. No resultaba fácil avanzar por aquel camino apenas marcado entre el pantano, donde cañaverales y árboles enraizaban bajo el agua, un lugar donde abundaban los mosquitos y otros mil insectos nocturnos y diurnos.

El camino semejó ensancharse y pudo avanzar más aprisa, pero pronto comprobó que el barro cedía bajo su pie adelantado y que se hundía.

Había ido a caer en una ciénaga movediza. Reaccionó con rapidez echándose hacia atrás y agarrándose a unas cañas. El miedo golpeó su estómago pero no llegó a aturdirle.

Su cuerpo luchó hábil y rápido olvidándose de las secuelas de la guerra donde sí había aprendido a luchar por su supervivencia en situaciones límite.

Logró escapar al maligno barro que parecía querer absorberlo, trampa mortal tendida por la naturaleza.

Respiró hondo y se apartó de aquel claro en la noche, tentador como un espejismo. Buscó la senda que tenía que llevarle a la casa grande.

Le satisfizo descubrir el viejo "Ford" y la furgoneta a su lado. Sin

embargo, acostumbrado *eh la* guerra a recelar de lo que parecía fácil, permaneció atento emboscado entre la vegetación por si veía algún movimiento en la casa.

Su instinto le advirtió que allí no había nadie, allí no estaban los zombis ni el maldito brujo. Fue hasta el "Ford". Las llaves estaban colocadas, sólo tuvo que sentarse ante el volante y girar la llave. El motor se puso inmediatamente en marcha, como si lo hubiera estado esperando. La humedad ambiental, al cien por cien, parecía ayudar al encendido.

Dio la vuelta con el coche y encendió los faros. Se introdujo por el camino que se abría paso entre la maleza. La niebla le envolvió y deseó tener la suerte de no caer en una de las malditas ciénagas movedizas que parecían esperar siempre a alguien a quien engullir.

Comprendía que nadie quisiera acercarse a la plantación, un lugar donde los crímenes podían quedar impunes, pues la policía no quería internarse entre aquella maleza pantanosa.

Torturado por los mosquitos que buscaban sus muñecas llagadas, su cuello, como si descubrieran que por las carótidas pasaba un torrente de sangre, Martin logró abrirse paso entre la niebla y la maleza hasta llegar a la carretera que parecía ser la frontera entre la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, el mundo de los seres vivos y el mundo de los muertos vivientes.

Expulsó con fuerza el aire de sus pulmones. Notó la falta de un cigarrillo, pero en la guantera no había ninguno. Tampoco estaba allí la pistola que Helen utilizara contra el mulato.

Cuando divisó las luces de Casas Grandes, se tranquilizó. Tenía que templar sus nervios. Sentía furiosos deseos de darse un duchazo que le limpiara. Tenía que comer y beber. Le dolía el estómago y tenía la boca seca y la lengua rasposa. Sin duda alguna, la voz saldría grave de su garganta cuando hablara.

Se internó en la ciudad y le pareció vacía.

Hizo rodar el coche en dirección a la comisaría de policía, más cuando estuvo frente a ella, recordó al comisario que le había encerrado y el interrogatorio del fiscal. Si les hablaba de más muertes, podían pretender acusarle a él de ellas. Dudó.

Al fin, optó por apearse del coche y entró en la comisaría donde sólo había un agente haciendo la guardia nocturna.

—Hola. ¿Otra vez aquí?

—Sí. ¿Tiene un cigarrillo?

—Sí, cómo no —dijo el policía levantándose de su mesa y acercándose al mostrador tras el cual estaba Martin. Cuando hubo encendido el cigarrillo, el agente se fijó en las muñecas desolladas del hombre.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Unos tipos que me tenían bien amarrado, pero he podido escapar y por eso he venido a verle.

—¿Quiere poner una denuncia?

—Sí, claro.

—¿Contra quién?

—Contra los zombis de la plantación Shadowy y el brujo que les manda.

El agente, que debería tener unos treinta y cinco años y le faltaba poco para ser pelirrojo, se lo quedó mirando con fijeza. Después se echó a reír.

—Vamos, vamos, todos hablan do zombis, pero ¿quién puede creer en semejante historieta?

—Yo.

—Malo. El fiscal no le tiene mucha simpatía y ya han enterrado al abogado.

—No me diga que van a acusarme a mí de su muerte...

—No —denegó el policía—. El forense dice que murió de un ataque cardíaco, por lo tanto no hay asesinato, sólo muerte natural, pero al fiscal no le gustan los forasteros vagabundos.

—No soy ningún vagabundo, soy el propietario de la plantación Shadowy.

—Esa plantación no tiene ningún valor, sólo es un pantano lleno de ranas y mosquitos. Nadie le darla un dólar por ella.

—Allí, en la maleza, se esconden los zombis, allí viven y asesinan.

—Esas historias se cuentan desde hace muchos mucho tiempo. Nadie se las cree, aunque por precaución o por lo que sea, nadie quiere adentrarse en ese pantano.

—Le repito que allí asesinan —insistió Martin.

—Allí ha habido varias muertes, cierto, pero es que hay ciénagas movedizas y ya se sabe, al que se descuida se lo traga el barrizal. Después está la niebla y a la gente le gusta inventarse historias

tremebundas.

—Allí han asesinado a mis amigos Ronald y Helen y los han convertido en zombis. Bueno, ella ya lo es, a él lo han enterrado y posiblemente mañana lleven a cabo la ceremonia de exhumación del cadáver para convertirlo en zombi.

—¿De veras pretende que me lo tome en serie?

—Yo los he visto, yo he estado en ese horrible lugar. ¿Es que no va a hacer nada? Le estoy hablando de dos asesinatos, de dos amigos míos convertidos en muertos vivientes…

—Mire, yo podría meterle a usted en un calabozo.

—¿A mí? —gruñó, apartando el cigarrillo de su boca para mirar atónito al agente.

—Sí, hasta que le vea un psiquiatra y decida, pero le voy a dar la oportunidad de que reflexione. Un psiquiatra le va a decir que esas desolladuras que tiene en las muñecas se las ha hecho usted mismo para hacer más verosímil la historia que ha venido a contarme. Váyase a dormir y si quiere ver al comisario, venga por la mañana, lo encontrará aquí, pero antes de repetirle ese cuento de los zombis, piénseselo. Si lo encierran en el psiquiátrico por orden judicial, va a tener problemas en salir de él. Ya sabe, unas cuantas sesiones de electroshock le dejarán como nuevo.

—Está bien, seguiré su consejo y volveré mañana —aceptó Martin.

Si se dejaba llevar por la rabia, ante la indiferencia de la ley, sería peor. Le encerrarían a él y el maldito brujo seguiría riéndose tras su máscara.

CAPÍTULO IX

Cuando entró en la habitación del hotel, se llevó una gran sorpresa.

—¡Katty!

La joven estaba sentada en una butaca, esperando en penumbra. Sobre la cama había una maleta.

—Martin, me convenciste y aquí estoy.

—Diablos, soy un bocazas —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Te sucede algo? Tienes la voz como muy gastada.

—He de contarte muchas cosas, pero mejor espero a mañana. Ahora he de pasar por la ducha.

—Pues, no te prives de ello. He olvidado la sombrerería de mi madre, estoy aquí para empezar una nueva vida contigo. ¿No te alegras?

—Claro que me alegra, siempre he esperado este momento, pero quizás me encuentro algo mal. Es largo de explicar.

—Ve a la ducha, anda.

—S£, será lo mejor. Mi cerebro empieza a estar confundido y me reventaría que tuvieran que aplicarme electroshocks.

—Pero, ¿qué dices? Tú no estás loco.

—Espero que no. Dicen que el agua fría también arregla la "terraza".

Se desnudó en el cuarto de baño. Se metió en la ducha y buscó con avidez los chorros de agua golpeando contra su piel, finos dardos que trataban de clavarse en su cuerpo.

Alzó la cara y dejó que el agua le golpeara los párpados, las mejillas y se introdujera por su boca abierta resbalando hacia el

interior de su cuerpo sediento.

Hubiera preferido unos tragos de whisky, pero no habría sido lo mejor para la situación en que se hallaba, quizás una taza de leche caliente, alguna infusión. El agua limpió sus muñecas desolladas. Le escocían, pero era su mente la que hervía.

Reapareció en la habitación secándose con la toalla de baño y entonces advirtió que Katty estaba dentro de la cama, aguardando.

La mujer sonreía con los ojos, con la boca.

—¿Estás muy cansado?

El hombre arrojó la toalla y se introdujo en la cama.

—Estoy exhausto, no sé si estoy hambriento y no quiero pensar en lo que ha sucedido, porque todo desaparece ante la visión de tu rostro, de tus ojos, de tu boca, de ese cuerpo que es irresistible.

La besó. Recorrió los labios de Katty como si fuera una fruta sabrosa que no se atrevía a morder porque sólo tocándola rezumaba dulzura.

Katty no había dejado la vieja sombrerería familiar, con todo lo que ello significaba, para quedarse ahora quieta y pasiva. Era una mujer convencida y enamorada.

—Te amo, Martin, te amo —gimió trémula.

El hombre besó su cuello y descendió por sus senos. Buscó los pezones que irguió acariciándolos con los labios y la punta de la lengua.

El cuerpo desnudo de la mujer se estremecía con cada una de aquellas caricias que había estado deseando durante días y días aunque no se hubiera atrevido a confesárselo a sí misma.

Cogió el rostro del hombre y lo fue dirigiendo por donde deseaba sentir las húmedas caricias labiales. Sintió que su cuerpo desfallecía y que ansiaba deslizarse por un largo, profundo y ardiente tobogán.

Notó que él entraba en ella y siguió gimiendo mientras el volcán vomitaba aquella lava que todo lo quemaba. Deseó más y más hasta que toda ella se cubrió de una suave y perfumada pátina de sudor de hembra saciada.

Martin se durmió profundamente y Katty lo acogió contra su cuerpo cálido.

Las cosas no le iban bien a Martin, era evidente, pero ella no le preguntaría nada, no deseaba añadir zozobra y desasosiego a un

estado de ánimo ya muy alterado.

Un escozor creciente en las muñecas despertó a Martin. Además, el hambre llamaba en su estómago como si fueran los arañazos de un felino.

Abrió los ojos y miró en derredor sin saber dónde se encontraba. Dormir muchas veces en lugares distintos conllevaba aquel problema al despertar. La persiana estaba echada y por ella entraba una luz suave.

Buscó la hora en su reloj, eran las seis y media, pero ignoraba si eran de la mañana o de la tarde.

De pronto, recordó a Katty, recordó sus besos, sus caricias?, el perfume de su piel.

La muchacha no estaba a su lado, aunque podía apreciarse el hueco dejado por su cuerpo.

Paseó su mirada por la habitación, buscándola, pero Katty no estaba allí y dedujo que podía estar en el baño. Al ver la puerta entreabierta y no oír ningún ruido, optó por salir de la cama y acercarse al baño.

—¿Estás ahí?

Nadie respondió. Entró en el baño y lo halló vacío. Con dolor de cabeza y deseoso de recuperarse echándole algo al estómago, se lavó y vistió, descendiendo al comedor del hotel.

—¿Puede darme algo de desayuno? —pidió a la mujer del hotelero.

—¿Desayuno? Es la hora de la cena, señor.

—¿La hora de la cena? Hum, se ve que he dormido mucho. Pues, deme de cenar, tengo mucha hambre y sed. Tráigame cerveza que esté fresca.

Cuando le sirvieron la cena y se disponía a devorarla, preguntó:

—¿Cuándo ha bajado a comer la señorita Katty?

—¿La señorita Katty? ¿Se refiere a la joven rubia que iba con ustedes?

—No, no, aquélla se llamaba Helen.

—Pues no, no he visto a nadie más, a ella tampoco.

—Verá, es una mujer joven, más bien alta y algo delgada. Tiene el cabello negro y los ojos azules.

—Como no le pregunte a mí marido, yo no sé de ninguna mujer. Además, no nos gustan cierta clase de visitas en este hotel.

—No es lo que usted se imagina, señora. Es mi novia y vamos a casarnos pronto.

No podía haber soñado que Katty había estado allí con él. La había tenido entre sus brazos, había sido suya, entregada hasta el éxtasis.

Volvió a su habitación en busca de algo tangible, pero allí no había equipaje alguno ni ropas que pudieran pertenecer a una mujer. Sin embargo, el ambiente estaba impregnado de ella.

¿Le habría visitado para sólo dormir con él y luego desaparecer para siempre?

De pronto, casi debajo de la cama, junto a la pata de gruesa madera tallada, encontró algo que recogió con mucho interés.

—Una media…

La llevó a su nariz. Sí, era una media de Katty, no le cabía ninguna duda.

Se guardó la media en el bolsillo y salió del hotel. La noche ya había extendido su manto sobre Casas Grandes.

—¡Martin, Martin!

Se tensó como un alambre. Aquella voz chirriante era demasiado horrible para poder olvidarla.

Al otro lado de la calle, donde desembocaba otra calle más oscura aún pero iluminado por la luz de una farola que había en la calle principal, estaba el hungan, con la gran capa de piel de leopardo. Le pareció más alto, más demoníaco aún, oculto su rostro tras la máscara.

—¿Quieres ver a tu Katty, Martin?

—¡Hijo de perra! —rugió, echando a correr hacia él.

El hungan, sin dejar de reír, desapareció casi como flotando por la calleja sumida en la oscuridad.

Martin fue tras él. Cuando ya creía alcanzarle, un automóvil hizo rugir su motor y se alejó rápidamente.

—¡Maldito brujo! —se lamentó, exhausto, casi sin respiración.

Katty había sido raptada por aquel ser diabólico que, sin duda alguna, huía ahora hacia su feudo de Shadowy.

CAPÍTULO X

Katty llevaba las manos esposadas a la espalda y la cabeza cubierta por una capucha de recia y tupida tela negra. Sufrió el bamboleo del vehículo hasta que al fin se detuvo. Se abrieron las portezuelas y cogiéndola del brazo la sacaron violentamente haciéndola caer al suelo. Se quejó de dolor, pero más que dolor físico, lo que la aterraba era el miedo que sentía hacia sus raptores.

Se sintió cogida por ambos brazos y arrastrada hasta un poste o columna adonde fue sujetada.

—Tú no me conoces —le fue diciendo la voz chirriante que a veces enronquecía o se tornaba gangosa.

—¿Por qué me ha raptado? —preguntó la joven a través de la capucha.

—Porque quiero que tu hombre venga hasta aquí.

—¿Y para qué quiere que venga?

—Yo soy el amo de Shadowy, el auténtico cuna Hasta ahora tenía la propiedad uno de mis esclavos, Michael Crawell, pero se fue, se fue para liberarse. Quería morir para siempre. Era un pacto que teníamos él y yo, pero debía vender su propiedad y no podía venderla porque nadie la quería. El era un zombi.

—¿Un zombi?

—Sí, todos mis esclavos son muertos vivientes. Pronto, tú también serás mi esclava y ya no morirás nunca.

—¡Está loco! —chilló Katty.

—Te daré la oportunidad de elegir la forma en que desees morir. Puedes escoger entre ser estrangulada, ahorcada, degollada, también podría proporcionarte un veneno o lanzarte a la ciénaga.

Aguardaré a que el pantano, al tercer día, te devuelva a la superficie hinchada por la descomposición y entonces te convertiré en zombi, te devolveré a la vida.

Katty notó que el hungan, para asustarla más, le pasaba su mano enguantada por el cuerpo, le oprimía los pechos, le apretaba el cuello o se deslizaba por su vientre hasta los muslos. Quería humillarla, hacerle sentir su absoluta indefensión.

—¡Si me mata, le ahorcarán!

El brujo volvió a reírse.

—Soy el amo, el amo de Shadowy. El propietario es ahora ese Martin, pero cuando lo convierta en zombi, la plantación seguirá siendo mía. Debajo de las ciénagas hay plata, mucha plata, y vosotros los esclavos trabajaréis para mí sacando esa plata que nadie sabe que existe.

—Dígale a Martin que quiere la plantación y él se la venderá.

—No, no quiero eso, preciosa. Fuera de aquí no ha de saberse que yo soy el verdadero amo de Shadowy y de los zombis. Shadowy será de Martin, pero él trabajaré como un esclavo más y la plata será mía sin que nadie vivo lo sepa.

Tras decirle todo aquello, el hungan le quitó la capucha a Katty y ésta se asustó al ver la máscara de aquel ser alto y delgado oculto bajo la gran capa de leopardo. La luz de las antorchas que sostenían algunos muertos vivientes que allí había daban al brujo un aspecto más siniestro.

—Déjeme, déjeme ir, no diré nada…

—Lo siento, no puedo dejarte marchar. Ahora vas a presenciar la ceremonia del nacimiento de

un zombi.

Sacó la afiladísima daga del interior de su capa. La aproximó al cuello de Katty y sólo de pasar el filo sobre su piel, ella notó el frío caliente del acero y unas gotas de sangre que resbalaran por su garganta.

—Degollada quedarías muy bien como zombi.

—¡No me mate! —suplicó Katty viendo los ojos vidriosos de los zombis y creyendo reconocer entre ellos a Helen, a la que había visto pocas veces en su vida. Lo que sí estaba claro es que aquellos seres obedecían sumisos las órdenes del hungan. Todos ellos tenían un aspecto nauseabundo y hedían fuertemente, hedían a muerte.

—Pronto serás como ellos. ¿Te aterra? —Se rió. Pinzó con sus dedos el escote del vestido de Katty y puso el filo de la daga sobre la tela. La cortó, abriendo el escote hasta su vientre. No contento con aquella humillación, cortó la tela del sujetador, dejando la piel de la joven al descubierto.

—¿Te gustaría más que te atravesara el corazón clavándote la daga entre medio de esos hermosos pechos o acaso que te abra el abdomen? Sería una muerte muy dolorosa y tu rostro se desencajaría para siempre, serías una zombi con el rostro desfigurado por el dolor.

El brujo se apartó de ella y se dirigió a lo que sin duda era una tumba cerrada al lado de otra fosa abierta que parecía aguardar al muerto que debía ser sepultado en ella.

Uno de los zombis, negro de piel, comenzó a tocar un tambor africano con las manos, marcando un ritmo constante. Los zombis comenzaron a moverse de un lado a otro ejecutando una torpe danza. Dos de ellos tomaron palas y comenzaron a cavar bajo las órdenes del hungan. Bien sujeta al poste, con las ropas cortadas,

Katty vio como abrían la tumba, una tarea larga y pesada, pero los zombis paleaban sin aparente cansancio. Eran autómatas sin voluntad cuya corrupción había sido detenida a los pocos días de sobrevenir la muerte.

Al fin, las palas dieron contra una caja de madera sin pintar que fue izada con cuerdas.

El hungan danzó en torno a ella y al ritmo del tam-tam africano hasta que se detuvo junto al ataúd. Sacó una caña agujereada y se inclinó sobre el cadáver recién exhumado. Colocó una punta de la caña en las ventanillas de la nariz del muerto. Sopló varias veces por ella y con distintas cadencias de fuerza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Watson —respondió débilmente el ser que yacía en el ataúd.

El diabólico brujo lanzó un agudo grito que debió esparcirse entre las nieblas de Shadowy.

—Watson, eres mi esclavo. ¿Lo entiendes? Mi esclavo.

El brujo acababa de darle el espiritual hálito de vida succionado en una de las casas de la ciudad. Watson era el nuevo nombre, porque el que aquel hombre llevara en vida, ya no le pertenecía. En realidad, nada le pertenecía, era un zombi.

—Levántate —ordenó el brujo.

Al ponerse en pie el muerto viviente, sucio de sangre, Katty le reconoció.

—¡Ronald!

Ronald se levantó con los ojos muy abiertos. El brujo le ordenó que caminara hasta enfrentarse con Katty.

—Mírala, mírala bien. ¿La conoces?

—No —dijo sin entenderse apenas.

—¡Dios mío, no, nooo! —chilló Katty fuera de sí.

El brujo sería un loco diabólico, pero no bromeaba.

CAPÍTULO XI

El hungan sacó un llavín con el que abrió las esposas que sujetaban las manos de Katty a su espalda y la liberó del poste. La empujó y la joven morena cayó al suelo.

—Vamos, ve hacia allí, salvo que prefieras que mis zombis te hagan pedazos con sus machetes. Podría ordenarles que te devoraran y lo harían con placer, pero yo perdería una esclava.

Katty se puso en pie y trató de correr, mas pronto vio cortado su avance por los zombis armados con machetes. La obligaron a retroceder, encauzando su camino hacia el claro de fango que no era otra cosa que el tenebroso barro movedizo.

—Para convertirte en zombi, de algo tienes que morir, Katty —le dijo el hungan.

Cercada por los muertos vivientes entre los que estaban Ronald y Helen, Katty gemía aterrada. No había escapatoria, caería en una de aquellas ciénagas que la engullirían llenando su cuerpo de viscoso y hediondo barro.

El hungan, dueño de la situación, reía sardónicamente. Gritó algo y uno de sus zombis negros comenzó a tocar el tam-tam, un tam-tam que la empujaba más y más hacia la ciénaga.

—¡Escoge tu muerte, Katty, escógela! —gritó el brujo.

De pronto, se oyó el ronquido de un motor y unas luces se abrieron paso entre la maleza. Frente a la cabaña apareció el viejo "Ford".

—¡Maldito brujo! —rugió Martin asomando por la portezuela.

Iluminó con sus faros al brujo, a los zombis y a la desgraciada Katty que tenía cortado el paso por la amenaza de los afilados

machetes que blandían los zombis.

—¡Katty, ven aquí! —gritó Martin.

—No tan aprisa. Si quieres tenerla, habrás de entregarte tú.

—¿Quieres esto, hijo de perra, quieres la propiedad de Shadowy? —Blandió en el aire el pliego de documentos—. ¡Tómalos, son tuyos!

Arrojó los papeles hacia el brujo que no se inclinó para recogerlos.

—No, Martin. Quiero que Shadowy sea tuyo durante veinte años y luego te dejaré reposar en paz en tu tumba, pero tú cederás la propiedad a otro, quizás en una partida de póquer.

—He venido a por Katty y me la llevaré. Voy armado.

—¿Armado? —El brujo volvió a reírse con su carcajada extraña e inhumana—. ¿No sabes que las balas no nos hacen nada? Mis zombis ya están muertos.

—Ya sé que las balas no os hacen nada, por eso he venido armado de otra manera.

Del interior del coche, Martin sacó un depósito portátil de considerable volumen de los utilizados para fumigar árboles frutales, un depósito de cinc con una manguera en cuyo extremo había colocado la pistola de un soplete.

Se puso el depósito a la espalda y manchó con la maneta que salía a su derecha. Aplicó la llama del encendedor en la boquilla y brotó un chorro de fuego, ya que el depósito estaba cargado de gasolina.

Un rugido de terror escapó de las bocas de los zombis que a la vista del fuego retrocedieron.

Martin avanzó hacia ellos con el improvisado lanzallamas.

—¡Estúpidos, idiotas, atacadle! —rugió el brujo.

Los zombis detuvieron su retroceso y avanzaron. Martin no dudó en llenarlos de fuego. Extraños gritos escapaban de sus bocas y envueltos en llamas, se perdían en la espesura que comenzaba a arder también.

—Lo siento, Ronald, lo siento —dijo Martin al vomitar fuego contra el que fuera su amigo.

El hungan trató de huir hacia la cabaña, más el chorro de fuego también entró en ella. Una espesa humareda ascendió tratando de ocultar la luna.

Martin se percató de que el brujo trataba de escapar en el coche en el que había llevado a Katty y lanzó la gasolina inflamada hacia el vehículo que quedó envuelto en llamas.

El brujo, viendo cortada su escapatoria, corrió también hacia la ciénaga con sus zombis rodeados de fuego. Cayó dentro de ella mientras Martin llegaba al borde.

—¡Sáqueme de aquí, sáqueme de aquí! —gritó desesperado el hungan tratando de escapar al barro. La capa de leopardo flotaba a su alrededor como alas de mariposa atrapada en una tela de araña.

—¡Quítate la máscara!

—¡Sálveme!

El brujo se quitó la careta. Katty, que ya estaba junto a Martin, le preguntó:

—¿Sabes quién es?

—Sí, el maldito fiscal Ivory,

—¡Sálveme, tengo poderes, Satán me protege! —chillaba el hungan, que en realidad era el fiscal de Casas Grandes.

—Si Satanás te protege, que te salve ahora.

—¡Cuidado, Martin!

Un zombi que apareció entre la negrura y el humo con un machete en alto trató de asestar a Martin el golpe mortal, pero éste se apartó a tiempo y luego disparó el lanzallamas.

—¡Si es el picapleitos! Aquí todos están convertidos en zombis.

—Mira, Martin, ya no está.

Katty señaló el barrizal cenagoso y movedizo donde sólo se veía un trozo de capa de leopardo.

El hungan se había hundido para morir.

—¡Hay que quemarlo todo! —rugió Martin.

Mientras retrocedía hacia el coche, lanzó la gasolina inflamada en todas direcciones y cuando el depósito se hubo vaciado, lo arrojó lejos de sí.

Subieron al viejo "Ford" que con los faros encendidos, rodó por el camino abierto entre la maleza.

—¡Es horrible, Martin, horrible!

El hombre le pasó un brazo por detrás de la espalda acercándola hacia sí mientras con la mano izquierda manejaba el volante.

De súbito, el coche dejó de avanzar. Las ruedas lanzaron barro y el vehículo comenzó a hundirse.

—¡Maldita sea, hemos caído en otro pantano!

Trató de abrir la portezuela pero el barro se lo impidió. Salió por la ventanilla para subir al techo del coche.

—¡Vamos, Katty, sal tú también antes de que esto se hunda!

Katty gemía de terror. No veía nada, pero la mano fuerte de Martin la izó hasta el techo del vehículo mientras éste se movía lentamente hundiéndose más y más.

—Katty, no se ve bien el final de la ciénaga, no hay dónde agarrarnos, hemos de decidirnos y saltar.

—¿Y si no llegamos?

—Si no llegamos, moriremos juntos.

—No quiero morir, ayúdame a saltar lejos, muy lejos —suplicó ella.

—Adelante, Katty, será nuestro gran salto, no sé si hacia la vida o hacia la muerte. ¿Preparada?

—Sí.

—A la una, a las dos y a las tres...

Y cogidos de la mano, ambos saltaron en busca de la vida o de la muerte.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts